

San José, Costa Rica

1926

Sábado 1º de Mayo

297

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Ante el peligro*, por Ramiro de Maeztu.—*La necesidad de crecer*, por Martín Luis Guzmán.—*Carta del Dr. Alfredo L. Palacios*.—*Esfuerzos malogrados*, por gm.—*Figuras de Rusia*, por Jorge Zalamea.—*Bibliografía titular*.—*Página lírica*, de Jaime Torres Bodet.—*El cruel escepticismo de Lugones*, por M. Castro R.—*Otro hombre de México*, Alfonso Reyes, por Gabriela Mistral.—*Y seremos hermanos...*, por Gonzalo Dobles.—*José Mazzini y la cuestión social*, por Antonio Zanetti.—*El espíritu americano*, por José Betancort.—*Libros y autores hispanoamericanos*, por Fernando Llés.—*Crítica literaria*, por Mario Santa Cruz.—*El comandante Franco y el destino del avión*.

Ante el peligro

Por

RAMIRO DE MAEZTU



¿Qué hará Méjico? ¿Y qué ha de hacer Méjico sino capitular! Esta primera batalla tenemos que perderla los pueblos de nuestra habla. Lo importante es que aprendamos de la derrota misma el secreto de la victoria anglosajona: *Fas est et ab hoste doceri*, decían los latinos. Del enemigo, el consejo, traduce el pueblo nuestro. Hay quien cree que la batalla de América está perdida para todos los pueblos latinos. Hay quien opina que sólo se perderá hasta el Canal de Panamá. Pero yo creo que si aprendemos la lección, no se perderá nada, ni Puerto Rico mismo. Ya sé que los Estados Unidos son un árbol gigantesco que va extendiendo sus raíces por donde encuentra tierra fresca. Pero si somos hábiles esas raíces se volverán a la tierra norteamericana, a Dios gracias lo bastante amplia y rica para proveerlas de cuanta savia necesiten.

Con lo que quiere Méjico, todo español, todo hombre de buena voluntad tiene que estar de acuerdo. Méjico quiere que no sirvan sus propias riquezas naturales para someter el país al extranjero. Pero el método con que Méjico ha querido realizar su voluntad es demasiado sencillo para que se pueda confiar en su eficacia. Ha promulgado una Constitución que establece la nacionalización de la riqueza. Más de cincuenta años nos ha costado a los españoles nacionalizar, en el sentido mejicano, nuestros ferrocarriles. Peseta a peseta hemos rescatado en medio siglo la mayor parte del capital ferroviario. ¿Habríamos necesitado tanto tiempo de haber podido arreglar este negocio con un articulo de la Constitución? El Gobierno de Washington ha declarado ya que no lo acepta. Los ciudadanos norteamericanos, que poseen en Méjico explotaciones petro-

leras contarán con la protección de su Gobierno, en su resistencia a la ley mejicana, que los obliga a enajenar sus propiedades o a adoptar la nacionalidad del país donde sus bienes radican.

Méjico es la frontera y el símbolo de toda la América española. ¿Podrá ésta defender su independencia económica con leyes que nacionalicen sus riquezas? Quizás la pueda defender contra España, quizás contra Europa, porque para eso la protege la doctrina de Monroe, pero no contra el país de Monroe, a menos que no lo consienta el Gobierno de Wáshington, y Wáshington, por lo visto, no quiere que se expropié a los capitalistas norteamericanos, sin la indemnización a que tienen derecho. Rusia ha podido expropiar a los acreedores e industriales extranjeros, sin indemnizarlos, gracias a que es militarmente inconquistable. Tampoco no es tan inaccesible como Moscou. Pero tampoco Rusia ha realizado impunemente «la expropiación de los expropiadores». Al cabo de una década de hambre ha caído ya en la cuenta, en el último Congreso comunista, de que la alternativa al capitalismo no es el socialismo sino la miseria.

El ogro del tiempo no cesa de destruir capital. Las casas se caen, las máquinas se gastan, las tierras se inundan, los hierros se oxidan, los caminos se agrietan. La mera conservación de las riquezas existentes, sin contar con la necesidad de acumular

recursos para preparar el trabajo de las generaciones venideras, exige una incesante creación de capital. El Estado no sirve para ello. El Estado no sirve sino para consumir los recursos que el ahorro particular concentra. Y mientras el Estado no muestre para hacer dinero la misma capacidad que revela para gastarlo, ¿no es cándido imaginarse que pueda sustituir a la propiedad privada en la función de crear los capitales necesarios? El socialismo no es alternativa al capitalismo. O se tiene dinero o no se tiene. Esta es la verdadera alternativa. Y la carencia de dinero es la miseria.

Todos los pueblos hispanoamericanos están faltos de capital. Todos han acudido en su busca a las bancas norteamericanas. Todos deben dinero a los Estados Unidos. Ello no debiera ser así. No necesitaba ser así. En todos los pueblos hispanoamericanos hay grandes riquezas, que han podido explotarse, en buena parte, con capitales hispanoamericanos, si no se hubieran consumido inútilmente estos capitales en París. En su libro *El nacionalismo continental* dice D. Joaquín Edwards Bello que los negocios chilenos no prosperan tanto como los norteamericanos porque Chile es país pequeño, mientras los Estados Unidos lo son grande. El ideal continental del Sr. Edwards es también el mío. Lo único que quisiera es que lo agrandase hasta incluir a Portugal y a España. Pero el tamaño de la nación no va a reformar por sí solo el carácter de los hispanoamericanos. Los holandeses no han necesitado constituir un gran Imperio para ser una de las grandes potencias financieras del mundo.

La defensa eficaz de los pueblos hispanoamericanos consiste en constituir capital propio. Esta es la verdadera alternativa al capitalismo norteamericano.

americano. No se improvisa. Requiere tenacidad, constancia, privaciones, ahorro, inteligencia, austeridad. Probablemente necesita, como condición previa, una reforma del carácter. Si quiere el señor Edwards que le defina en qué consiste la diferencia fundamental que existe entre un anglosajón y un hispanoamericano o un español le diré que para los mejores de nosotros el dinero no pasa de ser nunca una comodidad, mientras que para los mejores de los anglosajones es también un deber. Desde luego que el inglés o el norteamericano no es tampoco remiso para apreciar los placeres que con el dinero puede procurarse. Pero esta es la añadidura. Lo característico no es eso, sin embargo, sino que mira el dinero como sacramento, como signo de gracia, por creer que el favor divino generalmente se conoce en la prosperidad del que lo recibe.

Esta teología no necesita interesarnos. Una cosa hay en ella de verdadero. El dinero es poder, y el poder no es meramente conveniencia, sino deber. Pero si ello es exacto, no ha menester el Sr. Edwards de otra explicación para comprender la superioridad de los anglosajones. Nuestra conducta no es sino el resultado de nuestros juicios de valoración. Si creemos que la vida mejor es la contemplativa, daremos a los conventos nuestras almas mejores. Si pensamos que no hay nada mejor que imponer violentamente nuestra voluntad a los demás, seremos revolucionarios. Si juzgamos que la idea del deber es una barrera que no necesita detener más que a los tontos y que el dinero es el supremo bien, trataremos de enriquecernos de cualquier manera, aunque sea empobreciendo a los demás. Pero si entendemos que el deber y el dinero se unen en alguna forma, más o menos clara, de tal suerte que el dinero que se hace malamente no aprovecha, y que tampoco se cumple el deber cuando se descuida la obligación de enriquecerse, a menos que la impida un deber superior, como la ciencia, el arte o el servicio social, entonces procuraremos unir en nuestro ideal la economía y la moral, y si este ideal se ajusta a la naturaleza de las cosas nos conducirá al triunfo, de la misma manera que un ideal equivocado nos llevará al desastre.

La defensa de la América española está en crear capital propio; pero para ello ha de cambiar su tabla de valores.

(El Sol, Madrid).



La necesidad de crecer

Ahora es Ramiro de Maeztu quien se refiere al conflicto de las dos culturas de América, la sajona y la hispánica, con motivo del reciente libro del chileno Joaquín Edwards Bello titulado *El nacionalismo continental*. A este propósito el ilustre publicista español habla de México. «¿Y qué hará México?»—se pregunta.—A lo que responde en el acto: «¡Y qué ha de hacer México sino capitular! Esta primera batalla tenemos que perderla los pueblos de nuestra habla. Lo importante es que aprendamos de la derrota el secreto de la victoria anglosajona... Hay quien cree que la batalla de América está perdida para todos los pueblos latinos. Hay quien opina que sólo se perderá hasta el Canal de Panamá. Pero yo creo que si aprendiésemos la lección no se perdería nada, ni Puerto Rico mismo...»

Quizá se deba a un prolongado trato con los anglosajones el lenguaje de realidades que emplea en este caso Ramiro de Maeztu. Porque precisamente la inteligencia de las realidades—entre ellas la materia—es característica de los anglosajones, (de ahí nuestra falsa atribución de Cáliban a los Estados Unidos), mientras la incompreensión de aquéllas—no su desprecio—es peculiar de los pueblos nuestros (de ahí nuestra infundada atribución de Ariel a nosotros mismos). Según este modo de ver realista de Ramiro Maeztu, la defensa eficaz de los pueblos hispanoamericanos contra el capitalismo de Norteamérica consiste en constituir capital propio. El camino de los «artículos» constitucionales—dice—es demasiado sencillo para que dé ningún resultado. Y Maeztu tiene razón, porque contra la vida no puede legislarse sino indirectamente.

El pueblo norteamericano está desbordándose sobre la América Española—desbordando su energía, su dominio—porque ha crecido en número y en riqueza mientras las naciones hispanoamericanas, en su gran mayoría, permanecen casi estacionarias. A este respecto la situación de México es típica. En 1810 México tenía, poco más o menos como los Estados Unidos, 7 millones de habitantes. De entonces acá los norteamericanos se han convertido en 110 millones, y nosotros sólo en 14 millones. Ellos han multiplicado su población por 15, nosotros por 2. En 1850 la riqueza nacional de Norteamérica se estimaba en 7,000 millones de dólares; en 1860 la nuestra se calculaba en 3,300 millones de pesos: cada norteamericano representaba en-

tonces 300 dólares; cada mexicano 400 pesos. Ahora la riqueza nacional de los Estados Unidos asciende a 320,000 millones de dólares; la de México a 10,000 millones de pesos: cada norteamericano representa en nuestros días (*vale*, como dicen ellos y los ingleses) 3,000 dólares; cada mexicano, 600 pesos. ¿Qué hay, pues, de extraño en que nuestra nación, cuyo territorio es rico, esté sufriendo un empuje tremendo por parte del país vecino? Si existe allá una riqueza activa de 40,000 dólares por kilómetro cuadrado, y en México tenemos sólo 7,000 pesos para la misma unidad, ¿cómo esperar que las cosas ocurran de otra suerte? Y lo que se dice de México puede afirmarse, salvo circunstancias locales, de toda la América hispánica tomada en conjunto. El pueblo de los Estados Unidos no es sólo más numeroso que el hispanoamericano; es también más rico, más rico en números absolutos y en números relativos a la población de los territorios y a la extensión de éstos.

El axioma físico de que dos cuerpos no pueden ocupar a la vez el mismo espacio bastaría, en consecuencia, para resolver el conflicto para siempre: si no queremos que los anglosajones vengán a tomar lugares que creemos nuestros, ocupemos nosotros esos lugares y así nadie nos desalojará, si no es por la guerra. Es decir, que para la protección de su identidad nacional y para no volverse vasallos económicos de pueblos más ricos, los países hispanoamericanos sólo necesitan realizar la más humilde de las tendencias biológicas: crecer. Si en vez de tener México 14 millones de habitantes tuviera 30, y si cada mexicano dispusiera en el trabajo, en la obra, no de 600 pesos, como ahora le ocurre, sino de 6,000, según le acontece a cada hijo de los Estados Unidos, ¿habría hueco ninguno para la penetración? ¿Tendría México por qué temer reclamaciones extranjeras si los mexicanos construyésemos nuestros ferrocarriles, y explotásemos nuestras minas, y descubriésemos y extrajésemos nuestro petróleo?

Pero estas realidades evidentes no las aceptan o no las ven los hombres de Hispanoamérica. Las ignoran a despecho de que si se las tomara en cuenta ellas por sí solas nos trazarian la línea de conducta defensiva. Contra el avance sajón, nutrido en una ley biológica, nosotros nos empeñamos en luchar esgrimiendo un mundo de ficciones y fantasmas, sin percatarnos de que la ley actual de

nuestra vida es el gran aliado de los otros, el principal enemigo nuestro. Creemos que es posible guardar riquezas naturales baldías poniéndoles una simple cerca de preceptos jurídicos que no sanciona la vida ni la fuerza. Y ese es el verdadero conflicto: el de nuestra incomprensión. No advertimos la realidad inevitable de que cierta suma de esfuerzos e intereses norteamericanos ha de derramarse por nuestro territorio. Menos aún discurremos la mejor manera de sacar de allí ventajas que nos fortalezcan, elementos que mañana nos defiendan. Nos aferramos, al contrario, en querer detener, debilitándonos, una catarata con la mano, y en alimentar un estado antagónico en el cual, si no cambiamos nosotros, llevamos todas las probabilidades de la derrota—de la derrota heroica, si se quiere, pero de la derrota al fin.—Perseguimos nuestro propósito optando por los métodos que más nos alejan de él.

Vuelvo al caso de México. México va sucumbiendo paso a paso bajo la presión de los Estados Unidos porque es, relativamente, un organismo débil. Es débil porque no crece al ritmo que debiera. No crece por sus revoluciones y por el poco carácter constructivo de los mexicanos. Padece revoluciones y anemia de caracteres porque tiene hambre y es inculto, dos aspectos de un solo fenómeno. ¿Qué es, por lo tanto, lo primero que debiera hacerse? Aplicarse a acabar con el hambre y la incultura por medios racionales, no con medidas de violencia que agravan el mal aumentando el desorden. Habría que renunciar a los sueños de ser la vanguardia de la humanidad en experimentos sociales y entrar por la senda del sentido común, de lo que todavía se estima como sentido común en el siglo en que vivimos: fomentar en gran escala nuestra vida económica coordinando bien lo que tenemos y aceptando como elementos de colaboración amistosa las energías extrañas que pugnan por venir, pues si éstas no entran hoy de grado encauzadas, para sernos útiles, irrumpirán por la fuerza mañana, cuando seamos menos capaces de absorberlas o resistirlas, y entonces nos harán trizas.

No es el caso de México, por supuesto, exactamente igual al de otros países hispanoamericanos. Difiere aun de aquel en que se hallan las demás naciones sometidas de modo inmediato a la influencia de los Estados Unidos. Pero todos nuestros pueblos, cada uno según sus circunstancias propias, no cuentan con otra salvación que la de crecer con rapidez, la de fortalecerse en individuos y en riqueza activa, la de recuperar con un arranque supremo los cien años

perdidos. Para lo cual sería lo más inteligente, lo más político—inteligencia y política aquí necesarias—ya que se trata de una inevitable presencia,

fecundar los propios recursos con las aportaciones de los Estados Unidos.

MARTÍN LUIS GUZMÁN.

Madrid, 1926.

Una interesante carta del Dr. Palacios referida a Costa Rica

Buenos Aires, 9 de Marzo de 1926

Señor Doctor

A. Esquivel de la Guardia

Ciudad

De mi mayor consideración:

Vd. querrá dispensar la demora con que respondo a su interesante carta del 23 del mes próximo pasado, en atención a que mis excesivas labores me impiden disponer, libremente, del tiempo que necesito para contestar la numerosa correspondencia con que me favorecen mis amigos de la América latina.

Este impedimento, por otra parte, me ha servido para meditar sobre su carta y para afirmar mis conceptos sobre la relatividad de la independencia de que disfrutan la mayoría de las repúblicas latinoamericanas.

Me alegro sobremanera de que Vd. haya comprendido la órbita de mi crítica y es un placer para mí ratificarle, ahora, todo el cariño y la admiración que me ha inspirado siempre el noble pueblo de Costa Rica. En varias oportunidades me ha sido dado elogiar el plausible respeto que los costarricenses tienen por sus instituciones, su profundo idealismo, su elevado nivel intelectual, su concepto celoso de la dignidad nacional. Conozco y guardo sentimientos de amistad para con muchos de sus hombres y sigo de cerca la noble, pródica latinoamericana a que se halla dedicado el Lic. J. García Monge, desde las nobles columnas de la publicación continental el REPERTORIO AMERICANO. Todo ello, estimado amigo, ha influido en mi ánimo para sentir muy de cerca las alegrías y los dolores de esa nación, considerándolas como mías—ya que nos unen fuertes lazos de hermandad espiritual—y para decidirme a bregar por su defensa cuando factores, como concepto muy peligrosos, han amenazado turbar el tranquilo desenvolvimiento de Costa Rica.

Cree Vd., estimado amigo,—dejándose llevar por un amor patrio que lo ennoblece, aunque lo ciegue un tanto—que Costa Rica no tiene nada que temer de los E. E. U. U., «no porque les inspiremos temor, dice, sino porque nuestra correcta conducta no puede merecerles más que respeto y simpatía». Pienso absolutamente lo contrario. El respeto y la simpatía yanqui no dependen de la regularidad de las instituciones, ni de las nobles características de un pueblo. Dependen exclusivamente, de los intereses de sus grandes sindicatos imperialistas. Vd. ha de convenir conmigo en que ni México, ni Ni-

caragua, ni Haití, ni Panamá habrían sufrido las consecuencias de las invasiones norteamericanas, si no poseyesen petróleo, café o excelente posición geográfica. La corrección de los gobiernos es, para los sindicatos capitalistas, una cuestión secundaria. Tiene Vd. el ejemplo reciente del México revolucionario, vilmente ofendido primero, seriamente amenazado después, con quién sabe cuantos y graves peligros por venir, por el único hecho de que divide su tierra entre los campesinos y que legisla, nacionalizándola en lo posible, la mejor fuente de sus riquezas naturales.

Y en su misma patria han ocurrido hechos que ratifican esta tesis imperialista. Cuando la *Costa Rica Oil Corporation*, en 1917, proyectó la explotación petrolera y encontró la honesta rigidez del entonces presidente González, la empresa yanqui no vaciló en corromper a jueces, a diputados, a políticos, a ministros, en una lenta invasión indignante, culminando su obra nefasta con la revuelta infame de Federico Tinoco, instrumento comprado por la *Costa Rica Oil Corporation* para apoderarse del poder y otorgarles la concesión. Vd. sabe la amplia repercusión de este escándalo y la verdadera acumulación de pruebas en las que se basó el noble espíritu de Jacinto López para hacer su valiente acusación desde las columnas de *La Reforma Social* de la que transcribo este vibrante párrafo: «Costa Rica ha visto además agravado, hasta un grado nunca antes conocido, un problema económico, y una situación internacional se ha producido con los E. E. U. U. en la cual el país ha sido sometido a las más sensibles humillaciones, al punto que puede decirse que su personalidad como nación ha sido por completo anulada en los incidentes a que ha dado lugar la repudiación del Gobierno del señor Tinoco por el Presidente Wilson».

Y aquí tiene Vd. el verdadero camino para hallar la intimidad del problema. Es cierto que Wilson se negó a reconocer a Tinoco, pero no menos cierto es que éste ejerció el poder y que la *Costa Rica Oil Corporation*, con su acción imperialista, rompió el ritmo institucional de la República, organizó un Ejecutivo a su antojo y dominó completamente el país. La contingencia del apoyo oficial del Gobierno de la Casa Blanca, así como el tanto por ciento de empleados nacionales en las oficinas de las compañías yanquis son cosas secundarias. El imperialismo es un fenómeno estrictamente económico. A veces complícase con el imperia-

lismo político, subsiguiente al primero, y ahí tiene el caso de Panamá, de Haití, de México, a veces no. A Vds. les tocó la suerte de que la *Costa Rica Oil* poseyese poca influencia cerca del Gobierno yanqui. Distinta fué la suerte de Nicaragua, cuyo territorio fué invadido por la presión que en Washington ejerció el *National City Bank* según declaró, ante la Comisión Investigadora de Relaciones Exteriores de Washington, no hace un año, el funcionario diplomático Mr. James Johnson. Mas, lo principal, diría lo fatal, es la acción directa de los sindicatos. Cuando quieren algo, estimado amigo, ofrecen dinero y fraguan revueltas (caso Tinoco); cuando no pueden comprar y encuentran hombres patriotas, buscan el apoyo del Gobierno (acaso Calles). Hay imperialismo de todas maneras.

Este es un hecho del que no pueden librarse los países sujetos a la influencia económica, con sólo buena voluntad o con sólo practicar el respeto a las instituciones. Hay necesidad de una verdadera política continental que dé el alerta a los pueblos y que prepare una solidaridad en la defensa. *Mañana encontraremos el apoyo seguro del pueblo de los E. E. U. U. tan inocente como Vd. y yo de la campaña cartaginesca de sus grandes capitalistas.*

Hay que tener presente que la diplomacia americana, en gran parte, ha sido de conquista. Así lo declaró el 27 de febrero del pasado año, el publicista Ernest H. Cruening diciendo que «todas las manifestaciones armadas hechas por las fuerzas militares norteamericanas contra los países latinoamericanos, han sido hechas a pedido de los banqueros de E. E. U. U. para asegurar el cumplimiento de los términos de sus arreglos financieros privados con dichos países, arreglos que habían sido aprobados por el Departamento de Estado».

Así lo declaró también—y con esto lindamos dentro del sector en que Vd. se ha limitado—el presidente de la *United Fruit Company*, que acapara el comercio bananero de Costa Rica, en un discurso pronunciado el 7 de agosto en el *Instituto Político de Williamstown* hablando de que era «necesario que los E. E. U. U. adaptaran una «enérgica política por intermedio del Departamento de Estado y adecuadas relaciones bancarias con respecto de las inversiones de capitales norteamericanos en las naciones latinoamericanas».

Esta *enérgica política*, es una espada de Damocles que puede cualquier día caer sobre la noble nación de Costa Rica. Todo depende de la voracidad de la *United Fruit*. Y esta dependencia es, amigo mío, la que me arrancó la frase que publiqué en mi respuesta a las autoridades panameñas, con motivo de su invitación al Congreso Boliviano: «son simples colonias, sometidas al imperialismo de la *United Fruit Company*». No hay coloniaje político, ciertamente, y otro habría sido el tono de mi voz si tal desgracia ocurriese, pero hay una gravitación asfixiante que es, en términos generales, la ausencia de autonomía. Por eso,

Samuel Guy Inmann, el noble espíritu norteamericano que lucha dentro de E. E. U. U. contra el imperialismo de Wall Street, ha dicho, en *La Reforma Social* de setiembre de 1924: «Costa Rica, donde después de 30 años de paz, los intereses petroleros y bananeros norteamericanos fomentaron hace poco una revolución contra un gobierno reformista, predominan al presente en gran parte de la vida económica de la nación y suelen actuar como agentes del Gobierno».

Con un hondo afecto, que quiero denominar patriotismo continental, he seguido, paso a paso, los adelantos institucionales de Costa Rica. Bien sé que sus hombres defienden, actualmente, en forma celosa, su autonomía política. Pero esto no quiere decir que puedan regularizar su independencia económica, porque ésta funciona fuera de la órbita de los poderes políticos del Estado.

La dependencia comercial es un hecho real y tangible, nacido de las características del sistema capitalista y en las que ha caído Costa Rica, al igual que muchas otras repúblicas centroamericanas y del Pacífico, por circunstancias geográficas. El peligro reside en la falta de escrúpulos de los sindicatos de Wall Street, que a veces, repito, se combinan con la actitud de la Casa Blanca.

Contra él sólo caben los remedios de la purificación interna de nuestros regímenes y de la alianza continental de nuestras naciones; propósitos ambos que norman la acción de la Unión Latino-Americana, institución que me honro en presidir.

Quiera Vd., estimado amigo, abrir los ojos a la realidad y, sin olvidar los justos aplausos al adelanto espiritual y material de Costa Rica, estudiar los peligros económicos que pesan sobre ella enrolándose en las filas, siempre entusiastas, de quienes han echado sobre sus hombros la pesada tarea de labrar un porvenir de justicia internacional.

Cordialmente, le estrecha la mano, su atento y S. S.,

ALFREDO L. PALACIOS

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Organo. del Centro de Estudiantes
de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739.

Buenos Aires.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Esfuerzos malogrados

CUANDO pienso en los campesinos de Costa Rica que de niños lograron aprender a leer en las escuelas públicas, quisiera ponerles el ejemplo de aquel pastor de que nos habla Carducci en uno de sus discursos:

Con las ovejas, bajó un pastor de la montaña a la llanura en el pasado invierno y aprovechó las horas de reposo en la escuela vespertina del pueblecito de... Tanto se aprovechó el pastor, que le adjudicaron un premio; pero como al venir la primavera se volvió a la montaña sin dejar señas de la morada, no fué posible entregárselo. Pero es grato suponer ahora que en las sombras estivales del monte, o en los repastos invernales del llano, los ocios del pastor ya no serán tristes y brutales, como acaso antes lo fueran, si los reconforta la compañía de un libro en que él se proponga leer cosas buenas.

Aprenden a leer nuestros campesinos, con mucho costo a veces, pero así que se alejan de las aulas, no gustan de la letra impresa y hasta la olvidan. De niños, dieron al estudio algunos años. De hombres prefieren dárselos a la pulpería, al billar o a las malas costumbres sociales. Con lo cual, los empeños del Gobierno por educarlos se malogran, o llegan a ser nulos.

Y es lástima que así sucedan las cosas, porque con el libro se pone en manos del aprendiz un incomparable instrumento de cultura. Con los libros, renueva el hombre sus ideas o ideales, y con ello crece, a tiempo que también crecerá la patria.

Descuidan o desdeñan nuestros campesinos el libro porque salen de las escuelas sin amarlo, como se ama a un buen amigo y consejero. y sin el hábito de consultarlo con éxito.

Creo que el mal apuntado en gran parte se remediaría si se realizara alguna vez lo que hace tiempo concibo: la escuela rural obligatoria y gratuita hasta los diez y ocho años, en forma de escuela vespertina con dos lecciones diarias: una de lectura explicada y comentada en libros de extensa y variada ideología; de quehaceres útiles y artísticos, la otra. Y como un faro en la noche aldeana, la Biblioteca Popular escogida y circulante. Todo ello, se entiende, en manos de maestros rurales capaces y preocupados.

gm.

1926.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndolo a sus amigos.

Figuras de Rusia

SACHKA Yegulev, el apóstol por el amor.

Podrían escribirse las letanías de Sachka Yegulev:

Sachka, el casto

Sachka, el mártir

Sachka, el asesino de alma blanca

Sachka, el que duda en la noche

Sachka, el calumniado

Sachka, el abandonado

¿Pero quién tendrá toda la pureza para escribirlas?

¿Cómo acercarse a ese criminal inocente, a ese asesino que no podrá ser igualado por hombre alguno en pureza?

Fué el apóstol por excelencia y como tal vivió, sufrió y murió. Lo acompañaron los discípulos de cerebro tardío, los Judas de labios maldicientes, el «doble» que espantaba a las muchedumbres, anticristo que hacía maldecir su nombre hecho para ser pronunciado con fervores devotos. Y lo acompañó la duda, la terrible duda de los apóstoles, la que aguarda en la noche con su chirrido monótono e incansable.

«Hemos pensado durante bastante tiempo y con recogimiento verdadero en el rincón del bosque respetado por los mujiks y los asesinos? Consumido en la noche, Sachka se sentaba sobre el barranco. Pasaban visiones, se encendían pensamientos: un cuadro de luz, el cuadro familiar de la ventana que no hemos podido olvidar nunca, porque era como una mirada familiar entre la noche de la ciudad, y detrás de ese cuadro su madre con el rostro entristecido por una ausencia, y su hermana, y la otra, en la que no se debe pensar y cuyo nombre no debe pronunciarse en el bosque. Luego llegaba sobre sus pies silenciosos el primer hombre que habían matado sus manos y con él llegaba la duda y su chirrido monótono e incansable. Y por último Rusia, el gran país blanco sobre cuyo suelo sudaban su angustia millones y millones de hermanos. En el dulce rostro del adolescente ahondaban las arrugas de la decisión. Y al día siguiente una nueva casa ardía y el nombre de Sachka era bendecido y maldecido.

Sachka era la Universidad rusa bajo los zares.

¿Qué se han hecho los estudiantes castos? ¿los apóstoles que abandonaban su casa una noche y se iban con sus labios vírgenes y sus manos delicadas, a gritar el terror y a matar santamente?

El Soviet debe saber donde están

y los hará admirar por el pueblo, si es que éste ya ha sentido nacer una conciencia entre las callosidades de su cerebro. Y Sachka tendrá sus oraciones y llegará el día en que uno de sus hermanos, el de los labios más puros y alma más blanca, escriba sus letanías, las letanías que se dirán sobre la tumba del adolescente asesino.

Sachka, el que duda en la noche

Sachka, el casto

Sachka, el mártir

Jenka, o la revolución por el odio

Sobre ese fondo desesperante de la casa de lenocinio, Jenka, es una llama de odio. Su crueldad se hace enorme, se siente sobre todas las cosas pesadas e implacable, como una de las plagas antiguas, vacila inclinada hacia la piedad, se envuelve en la duda por un momento—lo mismo que Sachka,—y renace nuevamente el odio hacia el macho, hacia la sociedad para convertirse en el deseo nihilista.

Tiene un tal deseo de venganza que no huye del medio que la asesina y persigue su idea con la misma tenacidad con que la perseguía el otro, el terrorista casto, el asesino de alma blanca. Van paralelamente,—Sachka Jenka,—y son opuestos. El uno por el amor, la otra por el odio llegarán al mismo sitio, con el mismo grito que pide una nueva inteligencia y una nueva constitución.

Y ninguno de los dos tiene en cuenta la política. Jenka no podía conocerla ni comprenderla. Sachka hablaría de ella en las reuniones de la universidad, en las casas de sus amigos, pero su visión no era política, tenía perspectivas más amplias, se extendía por el suelo inmedido de Rusia y abrazaba millones de seres que él nunca conocería, millones de seres que no lo conducirían al triunfo, ni lo libertarían del cadalso.

Rusia está toda en ellos. La Rusia de ayer, la de los Zares, que grita desde la luz o desde la sombra, pero que grita desesperadamente, trágicamente.

Hoy parece haber llegado el triunfo de ellos. ¿En qué día nacerán los futuros Sachkas y Jenkas?

JORGE ZALAMEA

(Los Nuevos, Bogotá).

Noticia.—De Jorge Zalamea, nos dice un colaborador cuyos juicios apreciamos:

«Como Ud. anda siempre a caza de escritores novísimos, me complazco en presentarle ahora al colombiano Jorge Zalamea, con cuya firma debe de haberse

tropezado Ud. en algún periódico de Bogotá. Zalamea llegó a México recomendado por Guillermo Valencia, quien lo juzga *estrella de primera magnitud en el cielo literario de Colombia*. Tiene veinte años; ha leído mucho; lleva a cuestas varias obras inéditas.

«Mucho le agradecería a Ud., por lo tanto, que acogiese a Zalamea, bondadosamente, en ese tibio hogar hispanoamericano, que es su REPERTORIO, dándole así oportunidad de hablar desde tan alta tribuna a los otros inconformes jóvenes de nuestro Continente».

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Administración

Reglamento del Servicio de Asistencia Pública.—San José de Costa Rica, 1926; pp. 12. (Donación de la Subsecretaría de Higiene y Salud Pública).

Estudios sociales

MANUEL A. SEVANE.—*Con el ojo izquierdo*. (Mirando a Bolivia). Prólogo de Alfredo L. Palacios. Buenos Aires, 1926; pp. 160. (Donación del autor).

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.—*El nacionalismo continental*. Crónicas chilenas. Madrid, 1925. pp. 176. (Donación del autor).

RAFAEL HERNÁNDEZ USERA.—*De América y de España*. Madrid, 1922. (Donación del autor).

Cuentos

ALVARO YUNQUE.—*Zancadillas*. (Cuentos). 24 linograbados de RET. SELLAWAJ. Edición de *La Campana de Palo*. Buenos Aires, 1926; pp. 152. (Donación del autor).

Historia

Las historias del origen de los indios de esta Provincia de Guatemala, traducida de la lengua quiché al castellano para más comodidad de los Ministros del S. Evangelio, por el R. P. F. Francisco Ximenez. Exactamente según el texto español del manuscrito original que se halla en la Biblioteca de la Universidad de Guatemala, publicado por la primera vez, y aumentado con una introducción y anotaciones por el Dr. C. Scherzer. (Edición de Viena, 1857). Bajo los auspicios del Sr. Presidente de la República de El Salvador, Dr. Don Alfonso Quiñónez Molina. Ediciones de la Biblioteca Nacional. San Salvador, El Salvador, América Central, 1926; pp. 139. (Donación de la Biblioteca Nacional).

Biografía

JOSÉ M.^a CHACÓN Y CALVO.—*Del epistolario de Heredia*. Madrid, 1924; pp. 18 (Donación del autor).

ERNESTO QUESADA.—*La vocación de Ingenieros*. Buenos Aires, 1926; pp. 44. (Donación del autor).

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Página lírica

de Jaime Torres Bodet

=Del tomo *Biombo*. México, 1925.=

Biombo

La noche de verano alarga
—sobre el biombo del cielo—
su cuello de garza
y pesca, en el arroyo del silencio,
la concha de la luna sonrosada...

Te acercas más a mí. Te cubre entera,
con su kimono de seda estrellada,
la noche de los cuentos orientales.

En tus ojos, la sombra se levanta
como el vaho del opio, en lenta espira,
mientras la piel bañada
de tu cuerpo de lirio y de ciruela,
al aire del crepúsculo derrama
el fresco aroma de un campo de arroz
coronado de grullas y de garzas.

Como una rama de bambú
son quebradizas tus palabras.
Y como tus cabellos lacios
es el artificio de tu sencillez refinada.

Tus besos saben a té recién hecho,
bebido en dedos de porcelana,
y tienes en quietud, en línea, en gesto
la elegancia
de esos salones cuyo mobiliario
lo forman una rama
de crisantemos blancos, en el vaso del aire,
un jarrón de amapolas deshojadas
y ese pañuelo de seda azul
que la tarde, después de la lluvia,
pone a secar en las ventanas...

Cantar

De oro la arena.
De esmeralda el mar.
La tarde ha tendido
la red de la lluvia a secar.

El silencio suena
bajo el platanar.
El estío esparce ruidos de colmena.
La miel del olvido
quisieran las horas labrar.

Yo tuve una pena.
Fué sólo una vela sombría en el mar.
Y pasó la barca... Pero el duelo ha sido
breve en regresar.

Con la luna llena,
corazón, barquero, saliste a pescar...
Regresas vencido:
tus redes cayeron al fondo del mar.

Se aquieta la tarde... Serena
la brisa el palmar.
Se oye al olvido
hilar y cantar:

Yo tuve una pena.
Yo tuve una barca, de lágrimas llena,
que, un día de agosto, se hizo a la mar...



Canción

Venía de lejos.
Traía en las manos
un maduro racimo de agosto.
En la piel de las uvas, untado,
un polvillo fragante de musgo
daba anhelos de beso y de canto
a la sed juvenil
de los labios...

Venía de lejos.
Sostenían sus hombros trigueños
un cántaro fresco...
¡Se hubiera querido besar en la piel de
esos hombros

la huella del barro,
a través del percal de la blusa,
la huella olorosa del agua en la tierra porosa
que entreabre a la brisa del huerto, después
de la lluvia,
la roja eglantina y el lirio morado!

Venía de lejos.
Ondulaba la tierra a su paso
en espigas de locos anhelos,
y su pausa mecía, en silencio,
el columpio feliz de los pájaros.
El azul de la sólida altura
desplegaba en los brazos alzados.
Como un ánfora de oro, llevaba
el cielo en los brazos en alto.

Venía de lejos,
y su andar completaba su canto.
La miré en los ojos.
Eran claros sus ojos, tan claros
que sentí, en lo más tibio del alma,
la frescura de un huerto regado.

La besé dulcemente en los párpados finos.
Aleteaba la piel de sus párpados
con un vago temblor, sobre el iris
de los húmedos ojos dorados...
La besé en la punta
de los dedos rosados y blancos.
¡Oh, qué pájaros presos debía
haber libertado esa mano
que ponía en el alma deseos
de cielos profundos, de vértigos altos!

La besé el tobillo,
en los pies diamantinos, alado.
El calor de la tierra ascendía
a través de su cuerpo a mis labios
y, en púrpura tibia, dejaba en mis sienes
amapolas de pétalos blandos...

Recorrí con mis besos su cuerpo,
y ¡cien lunas me hubieran hallado,
en la huella delgada del viento,
el perfil de su huella besando!

Venía de lejos.
Traía en las manos
un racimo de uvas de agosto
y su andar completaba su canto.
Como una ánfora de oro llevaba
el cielo en los brazos en alto.

Vino sonriendo.
Se alejó cantando.

Calor

El pulso del reloj
decreció con la fiebre del verano.

Brilla tanto el paisaje que parece
haber sido bordado
con un hilo de seda tornasol
en un gran bastidor de raso claro.

Sobre la barda gris
la siesta se corona de duraznos.

¡Hace tanto calor!
Si respiráramos
el cristal de la brisa
se empañaría, trémulo, de vaho.

Una paloma bebe
la inmensidad del cielo en el agua de un
charco.

¡Hace tanto calor!
Los lirios blancos,
en camisa de tennis, con el cuello desnudo,
asoman su pereza a los cercados.

Ni una voz, ni una sombra en la avenida.

Anda el silencio con los pies descalzos.

El reloj
sigue contando el pulso del verano.

Soledades

Quería, en la misma flor;
de la de ayer, el aroma;
de la de hoy, el color...

Criterio de mariposa.
Al alma, por los sentidos,
por el perfume, a la rosa.

¿Cómo podría expresar
con la palabra ¡tan lenta!
el corazón, tan fugaz?

Venía por los cerezos.
Sus labios entre las hojas,
¿pedían frutas o besos?

Amaba el agua en la fuente.
Pero más en el arroyo.
Pero más en el torrente.

No sabía distinguir
entre pensar y cantar,
entre hablar y sonreír...

—
Su manera de ser rubia:
la de una tarde con sol
que se peinara en la lluvia.

—
Pude cortar, en sazón,
el racimo de sus viñas
¡y no el de su corazón!

La doble

*Era de noche tan rubia
como de día morena.*

Cambiaba, a cada momento,
de color y de tristeza,

y en jugar a los reflejos
se le iba la existencia
como al niño que, en la mar,
quiere pescar una estrella
y no la puede tocar
porque su mano la quiebra.

De noche, cuando cantaba,
olía su cabellera
a luz, como un despertar
de pájaros en la selva,
y si cantaba en el sol
se hacía su voz tan lenta,
tan íntima, tan opaca,
que apenas iluminaba
el sitio que, entre la yerba,

alumbra al amanecer
el brillo de una luciérnaga.
*¡Era de noche tan rubia
y de día tan morena!*

Suspiraba sin razón
en lo mejor de las fiestas
y, puesta frente a la dicha,
se equivocaba de puerta.
No se atrevía a escoger
entre el oro de la mies
y el oro de la hoja seca,
y—tal vez por eso—no
supe jamás entenderla,
*porque de noche era rubia
y de mañana morena...*

El cruel escepticismo de Lugones

(El Día, San Salvador).

No cabe dudarlo: Leopoldo Lugones es positivo valor intelectual, dentro y fuera del Continente Americano. Su prestigio de publicista le coloca en primera línea, como conductor y guía de estos pueblos de habla española, ante quienes está consagrado por su enjundia mental.

Gran revuelo ha producido, sin embargo, su reciente ensayo, en el cual preconiza *el reinado de la espada*, como símbolo de fuerza y de vida social útil y duradera.

Voces de protesta se han dejado oír contra ese nuevo brote de las doctrinas de los viejos filósofos alemanes.

Lugones se ha defendido; mas no ha logrado disipar las sombras espesas que su verbo ha acumulado sobre los ideales de justicia social, que sólo pueden triunfar mediante el reinado del derecho.

Sin duda Lugones sufre una crisis de agudo escepticismo.

Desde Buenos Aires escribí a don Joaquín García Monge—apóstol de la cultura hispánica—una reveladora carta inserta en REPERTORIO AMERICANO, el semanario de mejor selección literaria que se publica en América: y ahí Lugones desliza de nuevo su cruel escepticismo sobre los ideales de la democracia, y para mayor gravedad de sus frases ellas se refieren a Argentina, su patria, considerada siempre como seguro asiento de cultura cívica y ejemplo digno de imitarse en cuanto al juego libre de sus instituciones republicanas.

En esa carta hácese estos comentarios dolorosos:

«Los escritores no hacemos acá política, por pesimismo ante los resultados fatales del sufragio universal. La democracia, es acá, un fracaso completo. Representa cuanto hay de más atrasado, estéril y nocivo en la

formación social de la República. Ostenta la más cínica inmoralidad, y no es, en el fondo, sino una empresa de pillaje.

«La preocupación hispano-americana o indo-americana, como dicen otros, es puro *dilettantismo*. Carece de importancia material e intelectual. La verdad es que no somos ni queremos ser más que argentinos. Exclusivamente. Y después, cuando más, colectividad latina».

¿Verdad que son desconsoladoras estas frases, saturadas de cruel escepticismo?

¿Cómo es posible que tan alta y robusta mentalidad, cumbre argentina, haga tan amargo desahucio de la democracia de su país?

Si la gran corriente de las ideas modernas corre en el mundo entero por el cauce de la democracia, ¿por qué ese hielo glacial que mata todo ardoroso entusiasmo?

La faz moral en el gobierno representativo, es, en verdad, problema grave; pero creíamos, ¡oh ilusos!, que Argentina lo tenía resuelto definitivamente.

Conocemos los antecedentes sociológicos; el largo vía-crucis; la política *del acuerdo* mantenida por Mitre y Roca; los esfuerzos de Sáenz Peña y sus luminosos manifiestos; mas juzgábamos que en lo sucesivo no podría repetirse la honda duda que atormentó a ese ilustre Presidente, cuando agobiado por el temor a la sanción moral, exclamó: ¿Es realmente mi candidatura obra de la voluntad nacional? Y al examinar, serena y fríamente, la cuestión electoral, dijo: «la responsabilidad a todos nos alcanza: a los unos, por lo que hicimos; a los otros, por lo que dejaron de hacer».

Sáenz Peña, hombre de amplia visión, sintetizó la vida pública argen-

tina, en estos desgarradores conceptos:

«El espíritu cívico está muerto; nuestra democracia es nula; el pueblo no vota. Hay poderes constituidos, sin embargo; hay gobiernos en las provincias y en la nación; hay congresos y legislaturas compuestos de hombres distinguidísimos, y sin embargo, la democracia y el pueblo tienen cierto desabrimiento respecto de ese congreso tan dignamente compuesto. ¿Por qué? Porque no ha sido elegido en comicios sanos, sino por un sistema corrompido y desfigurado».

Como de entonces acá, los años han transcurrido, y el régimen electoral fué modificado, y se entonaron himnos de triunfo por la evolución realizada, no sospechábamos que perduraba todavía, con sus mil tentáculos, el oficialismo regresivo y la presión del gobierno sobre los partidos.

En 1912 escribía Sáenz Peña, y su cerebro y corazón de repúblico confiaban en la reacción. En 1926 escribe Lugones y no acaricia esperanzas; al contrario, arroja la democracia argentina al festín de las farsas y del pillaje.

Cuanto a los ideales hispano-americanos, la bancarrota es absoluta. Ya lo dijo Lugones: «No queremos ser más que argentinos». Conformémonos. Él mismo nos lo enseña en su prosa enérgica y franca: Civilización es tolerancia.

Mientras tanto, no desmayemos. Mantengamos el culto por la fraternidad y solidaridad de todo el conglomerado moral, y rindamos tributo de admiración a Argentina, cuya ruta será siempre para nosotros el *camino de la esperanza*.

M. CASTRO R.

San Salvador, abril 10 de 1926.

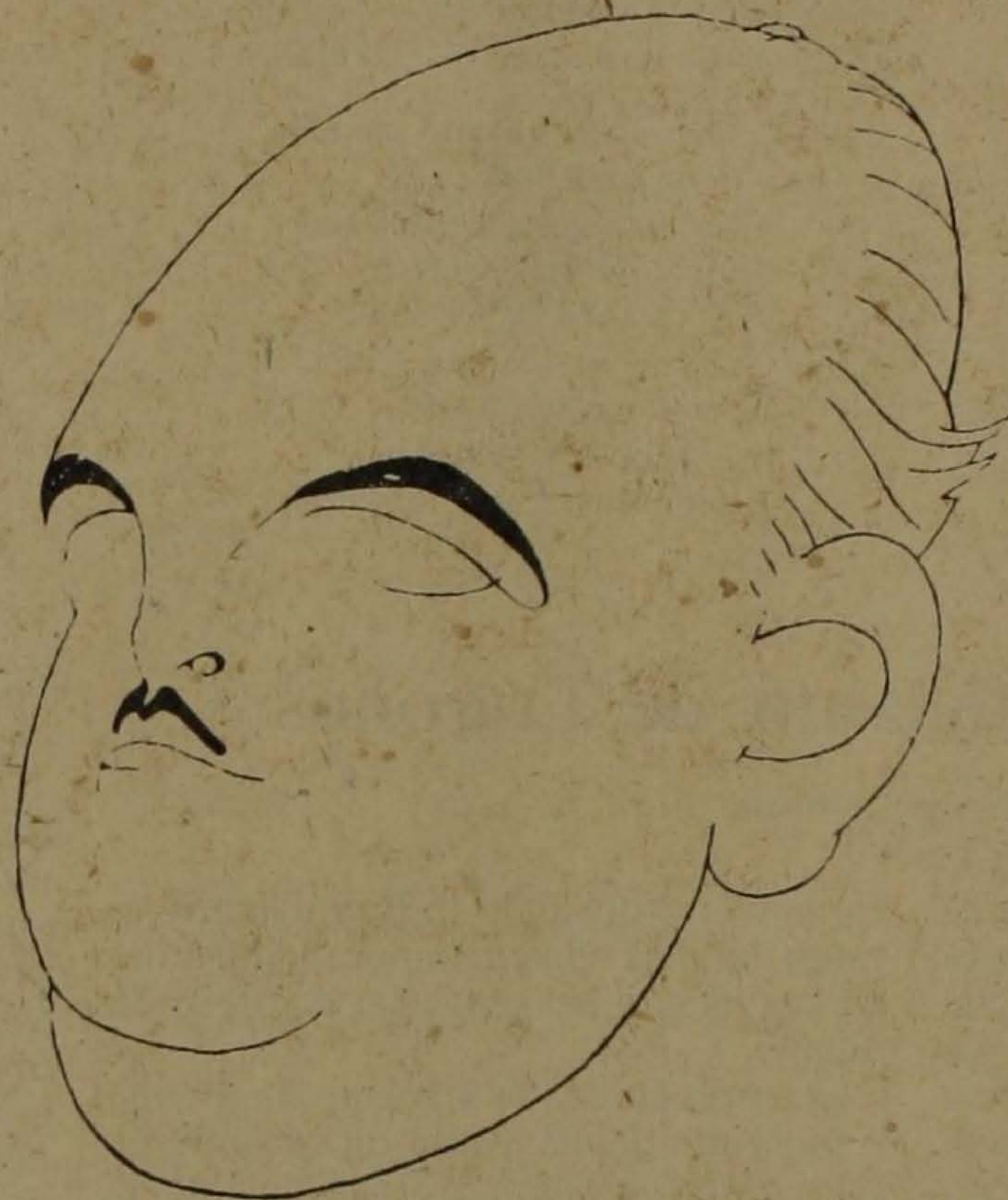


DESCONCERTANTE Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del hombre de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral! Al revés de eso, una cordialidad *fabulosa* hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

La conversación, una fiesta. ¿Qué fiesta? La del paisaje de Anáhuac que él ha reproducido en una prosa de esmalte: la luz aguda, el aire delgado, las formas vegetales heráldicas. *Solidéz y finura*; antipatía siempre presente del exceso. Y la bondad, la bondad circulando por los motivos, suavizando aristas de juicios rotundos! Bondad sin los azúcares de la cortesía y sin penacho retórico, también como de sangre que corre escondida, pero que se siente, tibia y presente.

Pero no sólo la charla coloreada, que el buen americano tiene siempre, sino otras cosas además: la gravedad del pensamiento en cada rima fina de la frase. Una vida interior que se revela a cada paso, sin que él —que también es un pudoroso de su excelencia interior— lo busque. Detrás de la sonrisa, se le descubre la tortura, que podemos llamar, en español, *unamunesca*, del hombre que la introspección sangra cotidianamente. Yo suelo recordar, oyéndolo, «la camisa de mil puntas cruentas», que dijo Rubén. Algo mejor que el ojo goloso de formas del americano. Escarbador de su «carne espiritual», entera se la conoce;

Otro hombre de México



Alfonso Reyes

(Visto por GARCÍA CARRAL).

como ha palpado el contorno de su naranja de Tabasco, así palpa los contornos de su espíritu.

Mucho enriquecimiento le ha venido de los tres contactos mayores que se ha dado a sí mismo: el inglés, el español y el francés. Cavando en uno solo de esos suelos, por mucha suerte que tuviese en la cava, se le hubiesen quedado perdidos muchos hallazgos. Harto bien le allegaron su Chesterton—que

tradujo—su Mallarmé, cuyo ascetismo de belleza sigue, su Góngora amado.

Y sube sin brinco ambicioso. La *Ifigenia cruel* es lo mejor suyo, aunque tras ella esté la estupenda *Visión de Anáhuac*. Esta *Ifigenia* andaré poco zarrandeada en comentarios, que es agua de hondura inefable, y quienes no bajaron con él a la cisterna, no sabrán gozarla.

Y el divulgador que divulga con fácil donosura—una espe-

cie de profesor a lo Renán—lo suyo, la historia de México, la flora de México. Tendría para lo didáctico, si quisiera ejercerlo, el juicio agudo y la expresión bella. ¡Cómo le envidiaría un geógrafo su descripción de la meseta de Anáhuac! Tiene la disertación suya una ceñidura sobria que le da toda la autoridad de lo docente; y para alejarle antipatía de lo docente, ahí está la gracia, presente.

¡Y vaya que le sirve a un diplomático el saber decir bien lo suyo, en un medio de agudas exigencias mentales, y de dar, deleitando, la historia de su país en una conferencia de la Sorbonne.

Se recuerda delante de él la vieja disputa: ¿es mejor que un pueblo dé conjuntos estimables—Suiza, Estados Unidos—o que dé, como una tela preciosa y breve, unos cuantos individuos selectos? México, en el pasado, ha sido individualista y se defiende con unos cuantos hombres, aplastando el reparo de que su conjunto no es homogéneo: un Nervo, un Vasconcelos, un Alfonso Reyes y la extraordinaria Sor Juana.

¡Qué hermosa planta americana, más cafeto que plátano, cafeto de menudo grano acendrado!

Edwards Bello me decía:

—Es el mejor diplomático hispanoamericano.

Y yo:

—Si pudiera ser esto: un Ministro de México, y de la América del Sur, además!

GABRIELA MISTRAL

París, 1926.

(*El Universal*, México, D. F.)

Y seremos hermanos...

Para el poeta CARLOS LUIS SÁENZ,
con motivo de su poesía *Voy orando*

Escucha, mi poeta, con callada emoción
los sinceros acordes que dio mi corazón
cuando escuchó los trinos de tu alada oración.

«Voy orando» dijiste, y es muy cierto, poeta,
que tu mística lira melancólica y quieta,
diga sólo oraciones en la fiesta secreta
de tus romanticismos....

«Voy orando» dijiste
en los líricos versos con que tu alma se viste
cuando está melancólica y extasiada en lo triste.

Y el perfume que tienen esas pálidas rosas
que se mustian de prisa en las tardes hermosas,
ha dejado su aroma en las notas piadosas
que dió tu corazón.

Y por eso, tus sonos
juntaré con los míos; con mis propios anhelos,
y así por la existencia con nuestras oraciones
seremos dos hermanos, dos hermanos gemelos...

GONZALO DOBLES

Costa Rica, 1922.

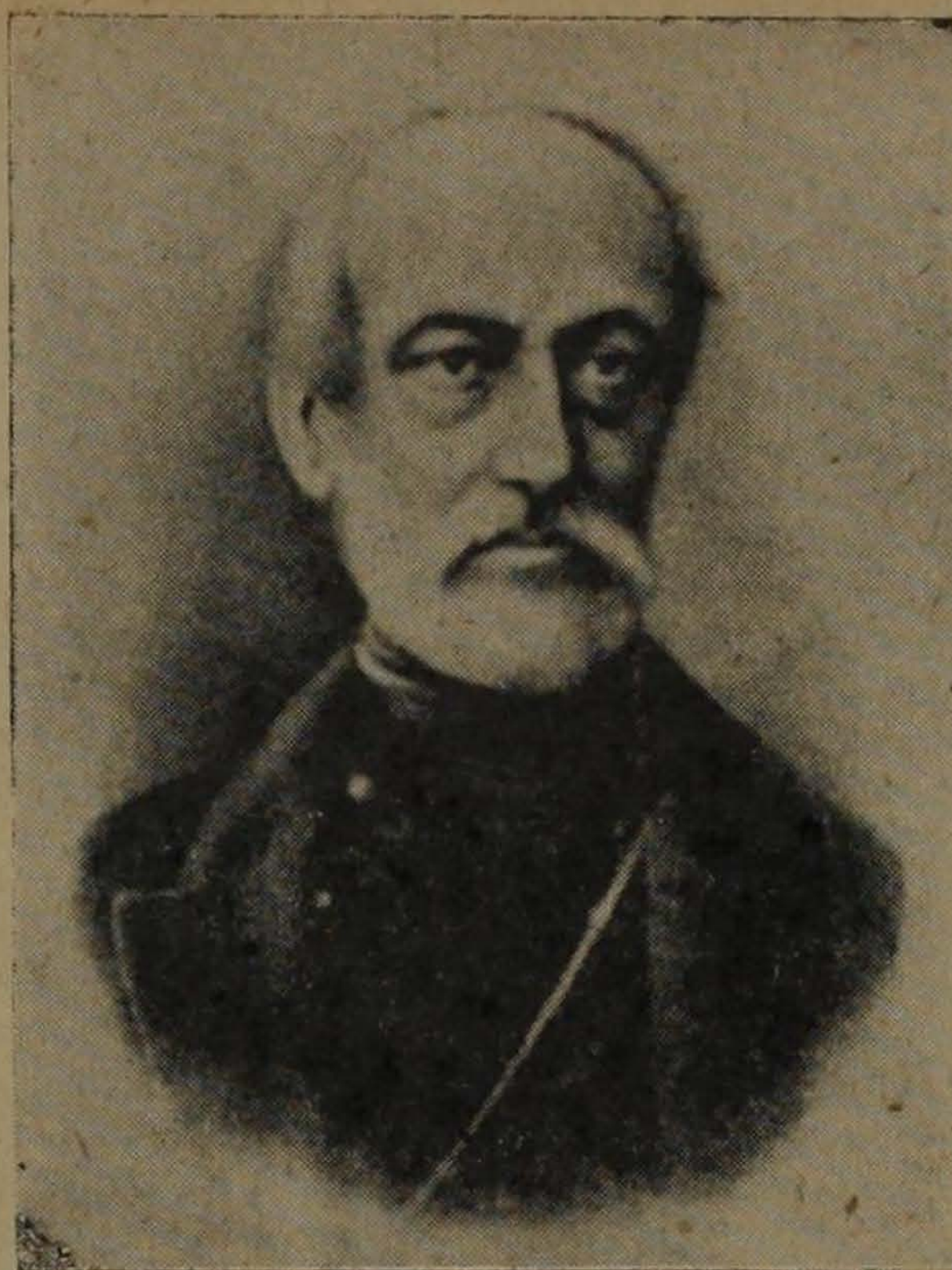
EN su libro *En el País del Arte*, Vicente Blasco Ibáñez cierra el capítulo dedicado a la soberbia ciudad del mármol—que así llama al famosa cementerio de Staglieno—con las siguientes líneas:

«Todo el derroche de escultura del Cementerio de Génova, todo el lujo escénico de pomposas inscripciones latinas e italianas, se achica y desaparece ante una pequeña tumba que existe en un rincón, socavada en la peña de la inmediata montaña. Dos palabras, un nombre sencillo se ostenta en el frontispicio y sin embargo, al leerlo el frío de la emoción sube por la espalda, los ojos se enturbian y se sienten impulsos de doblar la rodilla. Allí descansa medio siglo de incesante conspiración, de entusiasta batallar por la libertad italiana, lo mismo en la prensa que en el campo de batalla; allí está quien al eco de su potente voz despertaba a la joven Italia; allí quien pareciéndole poco la emancipación de su patria, trabajaba por la de todos los pueblos; el que a los 30 años tenía la cabeza blanca y el cuerpo viejo, arruinado por las crueldades de las cárceles austriacas; el que con una palabra lanzaba ciegamente a la muerte miles de jóvenes compatriotas; el que fué el cerebro, como Garibaldi fué el brazo, de la unidad italiana; allí descansa sencillamente JOSÉ MAZZINI.

Vengo a presentaros, pues, la figura de un hombre que ha salido del marco común de los mortales para tomar puesto en el marco luminoso e imperecedero de la Historia. Sin embargo, no os hablaré de Mazzini conspirador, sino del Mazzini pensador, del Mazzini filósofo, del Apóstol de la Humanidad, que así ha sido llamado, como caballero de la Humanidad fué llamado Garibaldi.

* *

Hace ya casi un siglo, José Mazzini proclamó altamente que la cuestión social era la cuestión máxima del siglo; que era ante todo y sobre todo, una cuestión moral, un problema de educación, comprendido en un nuevo principio ético: EL DEBER. Antes que Carlos Marx, él recomendó la unión de los trabajadores; antes que Marx, él sintió la importancia de la cuestión obrera, y antes que



José Mazzini y la cuestión social

El trinomio mazziniano: Dios - Humanidad - Patria

Génesis y doctrina fascistas

Marx, dedicó a esta cuestión su singular actividad y toda su alma. Pero él concebía las necesidades y las ventajas de la asociación obrera de una manera muy distinta de la de Marx, del cual fué contemporáneo.

Contra la Internacional Marxista, de la cual iban ya apareciendo las formas embrionarias, Mazzini empezó una memorable campaña. «Estas asociaciones, él decía, tienen escrito en su bandera: *comunidad de los bienes, abolición de la propiedad*, doctrinas tiránicas, absurdas, contrarias al progreso de la humanidad; doctrinas irreales que producen un doble mal: el de detener la actividad de muchos entre los verdaderos amigos del pueblo y el de malgastar las energías de muchos obreros excelentes, pero ilusos, alrededor de proyectos imposibles». Adversaba el concepto de la Internacional porque, según él, «no se puede llegar a la Humanidad sino pasando por la Patria; no se constituye la Patria si no se consagra la Familia. El Socialismo Internacionalista—ateo y materialista como su fundador Marx—borró la Patria

y la Familia». Hablando a los obreros de estos principios, Mazzini les decía: «negación de Dios, es decir, de la única, firme, indestructible base de nuestros deberes y de nuestros derechos: negación de la PATRIA, de la Nación; es decir, del punto de apoyo a la palanca con la cual podréis obrar en provecho vuestro y de la Humanidad». Y agregaba: «cuando recorriendo la Historia halláis ideas que nacidas con el primer período de la vida de la Humanidad, han vivido con ésta de época en época, transformándose siempre pero quedando en su esencia inseparables de la sociedad y más fuertes y más resistentes a la obra destructora de otras ideas pertenecientes a un solo pueblo o a una sola época, si interrogando vuestra conciencia en vuestros mejores momentos de afecto, de dolor santo, de devoción al Bien, sentís dentro de vosotros mismos como un eco de aquellas ideas que los siglos os han transmitido, creed que aquellas ideas son verdaderas, nacidas de la Humanidad, crecidas con ella y que de ella siguen el progreso. Vosotros podéis y debéis modifi-

carlas, purificarlas, mejorar su desenvolvimiento y su aplicación, pero suprimirlas, No! Dios, la inmortalidad de la vida, la Patria, el Deber, la Ley Moral única soberana, la familia, la propiedad, la libertad, la asociación viven, se agitan en aquellas ideas».

En su áureo libro *Derechos y deberes del hombre*, que debiera ser traducido a todos los idiomas, él, Mazzini, dirigiéndose a los obreros, así les decía: «importa al progreso de vuestro movimiento ascendente y al país, declarar que aquellas insensatas teorías no son vuestras, que en la cumbre de vuestra fé está la santa palabra DEBER; que vosotros miráis a iniciar el porvenir no a desbaratar el presente con la violencia, y que no aspiráis a distribución de riquezas, a liquidaciones sociales, a confiscación de propiedades, sino que pedís educación para vosotros y para vuestros hijos; que como ciudadanos queréis la pacífica intervención en los asuntos de la patria que amáis; que esté exento de todo impuesto lo necesario para la vida, sin lo cual ni trabajo ni producción serían posibles; que la Nación os ayude a transformar la actual organización del trabajo en la más equitativa y útil a todos: *Asociación del Capital y del Trabajo*, de manera que se os abra el camino para formar vosotros mismos un capital que de asalariados os cambie en trabajadores libres, independientes de arbitrio ajeno; debéis afirmar que no separáis el problema económico del problema moral, que no podéis y no queréis quedar extraños e indiferentes a todas las grandes cuestiones que abrazan la universalidad de vuestros hermanos, el progreso colectivo de la humanidad».

Siguiendo el pensamiento de Mazzini, no hay trabajadores productivos y trabajadores improductivos. Todo trabajo humano es productivo. «La palabra *Obrero*, dice él, no tiene para nosotros ninguna indicación de clase, en el sentido que se le dá comunmente a este vocablo, no representa inferioridad o superioridad en la escala social: expresa un ramo de ocupación especial, un género de trabajo, una aplicación determinada de la actividad humana, cierta función en la sociedad, nada más.

Decimos obrero, como decimos abogado, comerciante, cirujano, ingeniero, etc. Entre todas estas ocupaciones no existe distinción ninguna en lo que se refiere a los derechos y a los deberes de cada uno como ciudadanos; cada una de ellas llena una necesidad; todas son más o menos esenciales en el desarrollo de la vida. La única diferencia que admitimos entre los ciudadanos de una nación es la de la *educación moral*. Un día llegará que seremos *todos obreros*, porque viviremos todos con la retribución de nuestro trabajo en cualquier campo que tenga su aplicación. La existencia representará para cada uno un trabajo, un deber cumplido. Este es el porvenir; el porvenir por el cual trabajamos».

Discutiendo largamente sobre las desigualdades entre el capital y el trabajo, insistía en que se debían resolver las condiciones del segundo de manera que éste pudiese fijar libre y ventajosamente con el primero las condiciones de la producción. Quería, no una política de clase, que es siempre de protección o de privilegio para una de las partes y de despojo para la otra, sino la reivindicación de derechos pisoteados, el reconocimiento de intereses por mucho tiempo olvidados; una obra de justicia y de pacificación social; quería, en fin, «una sociedad armónicamente unida en la persecución de legítimos intereses, de nobles aspiraciones, no perennemente dividida en dos clases, capitalista y proletaria, en constante contraste, en continua lucha». Se comprende como el Maestro combatiera ciertos desvíos del socialismo internacionalista. Él, que amaba todas las clases en su apostolado y en su concepción social; Él, que quería un constante progreso; Él, que trataba de corregir los errores, no de suprimir pecadores. «Para quien ama y entiende — decía — no existen sino dos clases de ciudadanos: los buenos y los malos; los que desean el bien ajeno y son capaces de sacrificios y los egoístas — sean ellos burgueses u obreros, no importa — que no piensan más que en su propio bienestar».

El programa de Mazzini era, pues, político, económico y religioso. Ningún pensador, ningún reformador habló a los obreros con más nobles y elevados sentimientos. Casi al borde de

la tumba, con el alma absorta en la visión más perfecta de la eterna verdad, les repetía: «os he amado como se ama quien merece amor, respetandoos y sin manchar a mí mismo y a vosotros con hipócritas adulaciones o acariciando y alimentando en vosotros ilusiones condenadas de antemano por la sana razón, porque están inspiradas por pasiones latentes o por promesas que se resuelven solamente en vanas palabras. Os he dicho siempre la que yo creo ser la verdad».

Desgraciadamente, aquel pacto, que diremos de amor, se infringió; las teorías y los hechos social-comunistas se difundieron, el problema moral se abandonó por completo. Cual fué el resultado de ese abandono cada uno de nosotros podrá verlo en los obreros atormentados aun por un penoso y mal retribuido trabajo; en los obreros sin instrucción, sin educación, sin participación en la vida pública; en los obreros sin fe, sin propósitos firmes, tenaces, fecundos; que se están moviendo a tientas entre las nebulosas del porvenir, la corrupción y el uso tristemente habitual de la taquilla: a estos obreros desviados por doctrinas falaces, engañosas, podemos pedir los efectos de aquel abandono.

* *

Por lo que hemos venido exponiendo, sabemos ya cuales son los elementos primordiales que integran el pensamiento político de José Mazzini, a saber: Dios, Humanidad, Patria. La doctrina acerca del primer término, Dios, se halla completa en el programa y en las instrucciones de 1834, a la joven Italia y a la joven Europa. Mazzini la caracterizaba así:

Un solo Dios;

Un solo amo, su Ley;

Un solo intérprete de aquella Ley, la Humanidad.

Diez años después, en 1844, a través de las insurrecciones, de las conspiraciones, de las desilusiones y de los dolores de un decenio de vida de sacrificio y de apostolado, repetía: «Nuestra fe se basa sobre verdades sencillas e inconstatables que casi nadie se atreve a declarar falsas, pero que sí son traicionadas y olvidadas por muchos: *Dios* y *Pueblo*. *Dios* en lo alto del edificio social; el *pueblo*, la universalidad de nuestros hermanos en la base. Dios, padre y

educador; el *pueblo*, intérprete progresivo de su Ley. No hay ninguna vida de pueblo en el mundo sin el culto a Dios; no es posible hacer la historia de la Humanidad sin que los dos elementos, Dios y Pueblo, en sus numerosas y distintas vicisitudes, no formen la esencia de la misma. El hombre no puede, no sabe alejarse de sí, desprenderse del sentimiento de lo más allá de lo humano, no puede concebirse a sí mismo como un ser aislado, abandonado sobre la tierra; nunca ha podido no amar el lugar donde ha nacido.

La doctrina religiosa de Mazzini está despojada de todo absolutismo dogmático y acompaña solamente, tanto a la vida de los individuos como a la vida de los pueblos, como sanción divina de la humana moralidad. La fórmula mazziniana, mientras combate el prejuicio sacerdotal, deja intacta la idea religiosa, que es «una energía real de la vida humana». Hablando de la religión como expresión terrena de la idea religiosa, Mazzini dice: «el pensamiento religioso es la respiración misma de la humanidad, alma, vida, conciencia y manifestación a un tiempo». Y agrega: «La humanidad no existe sino en la conciencia de los pueblos que se sienten orgullosos de su propio origen, que tienen el presentimiento, de sus propios destinos». En 1848, cuando el pensamiento mazziniano se convierte en acción, es decir, cuando más arde la lucha nacional por la libertad de la Patria, él escribe: «debemos conciliar cielo y tierra, religión y política: debemos fundar la política sobre la definición de la vida, sobre la misión de las criaturas en el mundo, sobre la creencia del *deber* y del *sacrificio* que santifica la política y puede encaminar a las masas hacia una armonía permanente de afectos y de acciones».

En la doctrina religiosa de Mazzini no hay, pues, dogma, no hay ascetismo, no hay inmovilidad: sino una fé profunda, inconstable, en la potencia de la idea religiosa sobre los destinos de la Humanidad.

Todo pueblo — dice — que tiene una religión política, guarda en su seno un germen de vida que pronto o tarde, engendrará grandes cosas. La religión y la política son inseparables. Sin la religión, la ciencia política no

puede ser sino despotismo o anarquía.

* *

Examinemos el segundo término de la fórmula mazziniana: HUMANIDAD. En su ya citado libro, *Los derechos y los deberes del hombre*, Mazzini reafirma la doctrina religiosa de 1834, anunciada en la instrucciones a la JOVEN EUROPA. «Nosotros creemos en la Humanidad, única intérprete de la Ley de Dios sobre la tierra. ¿Y esta Ley qué es? Una ley de vida. La Humanidad no puede alcanzar el conocimiento de su ley de vida sino con el desarrollo libre y armónico de todas sus facultades. No puede transportarla en la esfera de los hechos, sino con el desarrollo libre y armónico de todas sus fuerzas» ¿Cuál será el medio para adquirir el conocimiento de esta Ley de vida? La Asociación. Pero no puede haber asociación verdadera sino es entre individuos libres e iguales. Aquí está toda la teoría del sentimiento patrio en relación con la Humanidad. «El Credo de la Humanidad — dice Mazzini — no excluye el de la patria; antes bien, lo exige. No hay trabajo común sin la división del trabajo. La humanidad no puede existir ordenada, activa, unida en un trabajo de progreso común, sin una asociación coordinada entre las Naciones, que son los individuos de la Humanidad». De aquí que cada pueblo tenga una misión especial con la cual coopera al cumplimiento de la misión general de la humanidad. Esta misión especial constituye la nacionalidad, la cual es cosa sagrada. Dios ha escrito una línea de su pensamiento sobre la cuna de cada pueblo. Aquella línea es su misión especial. No es posible borrarla; más bien hay que hacer todo esfuerzo para que se desenvuelva libremente; hay que armonizarla con las demás; hay que levantar la Nación hasta el concepto de la humanidad. Pero la humanidad no puede subsistir sin las Naciones. El pacto que debe unir estrechamente a las distintas familias humanas no puede ser formulado por unos pocos individuos solamente».

Históricamente la idea de la humanidad de José Mazzini corresponde a la evolución de los hechos. El siglo 18 preparó, y la Revolución Francesa desarrolló

y difundió, los principios humanitarios, despertando las conciencias nacionales de los distintos pueblos. Pero el Imperio que le sucedió, si bien continuó la difusión de los principios de la nueva legislación civil, detuvo, por otra parte, el movimiento revolucionario de los pueblos. Había, pues, que emprender otra vez la obra bajo sus dos términos interrumpidos: «Patria y Humanidad», armonizándolos en un movimiento común. La humanidad no será verdaderamente constituida sino cuando todos los pueblos que la componen, habiendo conquistado el libre ejercicio de su soberanía, se asocien para encaminarse hacia un mismo fin, bajo principios y pactos comunes, cuales el descubrimiento y la aplicación de la ley moral universal: el culto de la Humanidad.

Todo esto no es romanticismo de la palabra, porque José Mazzini, definiendo la vida, así la del individuo como la de los pueblos, como *una misión*, no se limita a predicar el principio, sino que trabaja para transformarlo en un hecho histórico fecundo de todas las consecuencias que en germen se hallan en los principios. «Nosotros queremos no solamente *pensar*—dice—sino *Ser*. Queremos no solamente la emancipación de un pueblo sino la emancipación de los pueblos. La humanidad pide *realidad* no *fantasmas*; pide la evolución del principio de educación que Dios le asigna como Ley de vida: no hechos bastardos, arbitrarios, anormales que tienen la vida de una hora». Analizad bien el idealismo político del maestro a la luz de la historia y encontraréis la belleza, la justicia, la realidad del mismo. Se comprende que este ideal no puede ser integrado sino por términos sublimes como son justamente los anunciados por Mazzini: Dios, Humanidad y Patria. Y si recordamos que él, Mazzini, ilustró su fórmula política con el sacrificio de toda su vida, comprenderemos mejor sobre cuáles bases graníticas se levanta toda la idealidad de aquel Grande.

Veamos ahora el tercer término *Patria*.

Del concepto de la humanidad se baja al de Patria; viceversa, de éste se sube a aquél.

La patria es cosa distinta pero nunca va separada de la Humanidad. «La Patria es el peldaño por el cual llegamos a la Humanidad». Estudiando en la doctrina del Maestro lo que es la Patria, hallamos que: «Antes que otra cosa, la patria es la Conciencia de la Patria. Si el alma de la Patria no palpita en aquel santuario de vuestra vida que se llama *conciencia*, aquella forma quedará como cadáver, sin movimiento y aliento de creación, y vosotros seréis una turba sin nombre, no una Nación; seréis gente pero no pueblo. La Patria no es un territorio; el territorio es solamente la base de ella. La Patria es la idea que se levanta sobre aquél: es el pensamiento de amor, el sentimiento de comunión que reúne todos los hijos de aquel territorio». Dirigiéndose a los jóvenes, Mazzini les decía: «La Patria es vuestra vida colectiva; la vida que auna en una tradición de tendencias y de afectos comunes a todas las generaciones que surgieron, pasaron y obraron sobre vuestro suelo». Y agregaba: «La Patria es nuestro taller. Los productos de nuestras actividades deben salir de aquél y extenderse en beneficio de toda la tierra. Trabajando por la patria, según los verdaderos principios, trabajaremos por la humanidad. Sin Patria no es posible la coordinación de la Humanidad: sin pueblos no puede haber alianza de pueblos; la Humanidad es el *fin*, la Nación es el *medio*: sin ésta podéis adorar, contempladores ociosos, la Humanidad, pero no constituirla, ni siquiera intentarlo». «Oh jóvenes—les decía—amad la patria, amadla y trabajad por ella con constante actividad para hacerla fuerte, grande y sagrada; amadla en los días de dolor como si la victoria estuviese lista para coronarla; amadla con afecto previsor en el pacífico descanso, y con fé y firmeza en las adversidades.

Sé de antemano que al hablarlos de un idealismo que descansa en estos tres términos inmortales — Dios - Humanidad - Patria—en estos tiempos en los cuales el materialismo histórico quiere imponer otras doctrinas como una ley universal que debe regir el curso de las Naciones, he de figurar para algunos o para muchos, como un predi-

cador de ideas de otros tiempos, anticuadas y reaccionarias. Sin embargo, me atrevo a declarar que las doctrinas del Maestro viven aun, que son sentidas intimamente en la conciencia humana... y fecundarán... Algunos signos del tiempo nos dicen que, a pesar de las contrarias apariencias, la humanidad tiende a encaminarse hacia la actuación de los ideales de José Mazzini. El mundo está cansado de tanta tormentosa disgregación moral y tiende a salir de ella, elevándose a la comprensión de doctrinas que le devuelvan aquella unidad moral de que tanto necesita. De la libertad religiosa se llegó hasta el ateísmo y éste fué proclamado doctrina del Estado Moderno. Pero todas las negaciones del siglo decimonono nos han llevado al punto en que ahora nos encontramos y en el cual una cosa ha resultado bien segura y es que mientras el ideal del bien nunca ha tenido resplandores mayores de los que hoy tiene, jamás fué tan grande y tan comprobada la impotencia moral de la sociedad actual. El impulso hacia el bien existe, es cierto, lo notamos, lo sentimos. Desgraciada aquella comunión de hombres en la cual se viviera sin sentir nunca aquel estímulo generoso. Pero ocurre que cuando pueblos e individuos dan mano a alguna obra reformadora, sienten que les falta algo y se quedan en el umbral del bien, sorprendidos y dolientes de que la fuerza moral no corresponda a la actividad intelectual.—¿Qué falta, pues?—¡La Fe! elemento de energías; la fe que, como dijo Mazzini, «impulsa los ánimos a cumplir empresas grandes y generosas.» «Nuestros padres—decía—nuestros grandes progenitores tenían una fe; adoraban el entusiasmo, se rodeaban de poesía; tenían el corazón abierto al impulso de fuertes, de nobles pasiones, a la inspiración de la verdad, al secreto de la constancia. Por eso se levantaban gigantes». Ahora—(hay que decir la verdad)—de toda entusiasta manifestación, de toda generosa iniciativa se saca motivo de burla, de risa o se dice: ¿Para qué sirve? El materialismo, suprimiendo las esperanzas de lo divino, nos ha reducido al actual pesimismo que oscurece la vida humana hasta hacerla odia-

la sonrisa de la naturaleza que nos rodea. Afortunadamente nos hallamos en un estado de transición entre una época de escepticismo que está para tramontar y una época de fe que está para surgir.

No ha mucho un alto espíritu que no es de nuestra raza, pero que el mundo entero justamente venera—Rabindranath Tagore—escribiendo sobre la civilización europea, ha dicho que la falta de fe es una inconfundible señal de debilidad, de decadencia; un anuncio de muerte. Deplo- rando que Europa atribuya valor excesivo a lo que es exterioridad, apariencia, materia y ponga toda su fe en los recursos materiales y no en los tesoros y fuerzas del espíritu, descuidando el alto fin humano, Tagore advertía: «Hasta cuando el Occidente llegue a comprender que la prosperidad material no le guía realmente hacia adelante, no progresará en el verdadero sentido, pues su vida será como un andar al rededor de un círculo, siempre al rededor del mismo círculo, inútilmente. Tendrá sólo una ilusión de progreso; tan sólo agregará cosas a cosas. Es esta la idea que está hoy día perturbando y preocupando hondamente a los grandes espíritus de Europa». Y José Mazzini dejó escrito: «el progreso no nace de un solo elemento de la vida, sino de la armónica cooperación de las instituciones políticas, de las fórmulas económicas, de las religiones y de los sistemas morales. El progreso no se alimenta de egoísmos y de intereses individuales sino de fe y de idealidades». He aquí que las doctrinas de Mazzini, a distancia de casi un siglo, reviven en las palabras de un grande de nuestro tiempo. ¿Reviven, he dicho? No! porque nunca han muerto en la conciencia de la Humanidad que comprende, que siente cómo en medio del choque de tantos intereses materiales en la obra por el dominio de las riquezas del mundo, queda intacta y pura la excelsitud de las doctrinas que fueron el genio y forman la gloria de José Mazzini; doctrinas salvadoras de los ideales de *Dios*, de *Humanidad*, de *Patria*.

En el extenso mosaico de pueblos que cubre las tierras del mundo civilizado, donde los hombres, reunidos en grupos di-

ferentes, gobernados por leyes, costumbres y tradiciones distintas, a veces no se comprenden ni se conocen, el Fascismo, llegado de improviso e irrespetuoso a la escena mundial, aparece todavía como una nebulosa cuya formación no se ha podido explicar. Que así sea, lo prueban los juicios errados que muchos siguen emitiendo sobre el interesante fenómeno. Como episodio, esencialmente italiano—aunque movimientos más o menos afines que se manifiestan en casi todas las naciones demuestran que responde a exigencias político-sociales hoy en día universalmente sentidas—no puede ser comprendido por quien no conozca el alma italiana en sus más íntimas profundidades y por quien no tenga perfecto conocimiento del ambiente excepcional que permitió su manifestación y su rápido desarrollo: como fenómeno social no puede hacer evidente su esencia profundamente humana y civil sino a los que, dejando a un lado las fórmulas insubstanciales, abstractas, de la política, se pongan en contacto con las imperiosas necesidades de aquellos pueblos que tienen capacidad, fuerza y valor suficientes para labrar sus propios destinos.

El fascismo fué acción antes de ser doctrina; fué el estado de ánimo que se producía en presencia de las disposiciones y de las aberraciones de hombres que dominando en las administraciones provinciales y municipales, hallaban en el Gobierno débil y en el Parlamento desorientado, los mejores aliados para llevar a cabo, sin molestias, la destrucción sistemática de las bases de la convivencia civil. Nació, pues, y se manifestó como una necesidad incontenible de reacción inmediata donde la acción comunista había tomado aspecto y formas criminales.

Pero afirmando cada día más su esencia profunda, no tardó en manifestarse como una idea más alta, más compleja, que adquiriría su fuerza, más que de las necesidades del momento, de las aspiraciones lejanas del espíritu guiado por un alto ideal de renovación individual y colectiva.

Fué este espíritu de renovación, fué la ya íntima convicción de sus propios valores lo que llevó el Fascismo a la *marcha*

sobre Roma o, digámoslo abiertamente, a la revolución.

Porque la revolución no consiste siempre, ni siempre hay que, concebirla bajo ciertas formas, digamos así, exteriores. En la atmósfera de nuestro siglo, saturada de libertad, sería de ingenuos creer que baste sustituir un régimen a otro para resolver los problemas esenciales de la civilización económica y moral de un pueblo. La revolución debe efectuarse en los hombres, en las instituciones, en las leyes. En los hombres especialmente. Aquí está el carácter más genuinamente revolucionario de la marcha sobre Roma, por cuanto significa ascensión al poder de una nueva clase dirigente que se ha ido formando y desarrollando en todas las esferas sociales del país; significa ascensión gradual y continua de *los mejores*, es decir, de las capacidades directoras. Pues la nueva clase de Gobierno quiere estar en continua progresión, quiere renovarse periódicamente con aflujos de energías nuevas desde el proletariado hasta la burguesía, desde el trabajador humilde hasta la más alta intelectualidad. Democracia sustancial, no abstracta, que en la América latina ha encontrado dos ilustres intérpretes y defensores: el poeta argentino Lugones y el costarricense Roberto Brenes Mesén.

Es evidente que el Fascismo tenía ya en sí los gérmenes de una doctrina, de un programa, que vinieron rápidamente desarrollándose y reafirmando. Si nos detenemos un momento a examinarlos, hallaremos que esa doctrina y ese programa derivan en gran parte de la inmortal doctrina mazziniana. Mazziniano es el problema moral y educativo: problema a cuya solución deben tender todos los esfuerzos del Estado y de los educadores de las nuevas generaciones, si se quiere dar a éstas una orientación nueva, si se quiere enseñarlas, a concebir la vida como una misión y en armonía con las realidades y las aspiraciones de la sociedad contemporánea; a iniciar, en fin, una filosofía que no vague en las nebulosidades de los sofismas sino que—como dijo Mussolini a Lady Drummond—*formada muy cerca de la tierra, sea para los que viven sobre la tierra*.—Las reformas educacionales

del ministro Gentile, que Mussolini ha definido como el alma, como el nervio del entero concepto fascista, han dado a la escuela italiana un nuevo derrotero, infundiéndole en la enseñanza un nuevo espíritu ético, religioso y social; espíritu que tiene su más alta expresión en la imagen augusta de Cristo que ha vuelto a las aulas, de las cuales había sido desterrado, como símbolo de fe, de justicia, de amor y de verdad; mas sobre todo de *deber* y de *sacrificio*, a cuyo culto han de educarse las nuevas generaciones. «Los jóvenes—decía Mussolini a los estudiantes de la Universidad de Pisa—deben aprender que la virtud, la disciplina de la modestia, del desinterés son elementos esenciales para el progreso civil. Para quedar dignamente en la arena política tienen que valorizar la virtud del silencio y saber vencer a los adversarios no solamente en la genialidad de las concepciones políticas sino en la absoluta superioridad de la vida pública y privada».

Mazziniano también es el programa económico social que se basa sobre el concepto de la armonía, de la asociación entre el capital y el trabajo que el Maestro tan altamente proclamaba. Las trascendentales reformas últimamente llevadas a cabo por el gobierno fascista, han, puede decirse, resuelto en Italia, en el campo, práctico, el problema de las relaciones entre el capital y el trabajo. A la auto-defensa de clase ciega y desordenada, a la cual poco importaba la suerte de la producción y de la Nación misma, más bien por la idea suicida de la lucha contra la producción y contra la Nación, el sindicalismo fascista ha sustituido una autodefensa de clase ordenada, consciente, respetuosa de las necesidades del proceso productivo y de las exigencias de la vida nacional. El pacto de 2 de Octubre de 1925, estipulado entre la Confederación de las Industrias y la Confederación de las Corporaciones fascistas, marca el triunfo del sindicalismo nacional y abre el camino a la más honda transformación que Estado alguno experimentara después de la revolución francesa. La legislación social fascista resuelve un problema que agobiaba a la humanidad desde hace cien años.

En 1849 Mazzini escribía: «Educación moral, uniforme, universalmente difundida—Transformación absoluta de los sistemas tributarios—Economía en el Estado—Aumento de producción—Unión del capital con el trabajo por medio de las asociaciones obreras, éstas son las condiciones del problema económico social que el siglo está llamado a resolver».

A tres cuartos de siglo de distancia de aquella fecha, el Fascismo llega a resolver el magno problema inspirándose en el trinomio de *Dios-Patria-Humanidad*.

Del estudio psicológico titulado el *Genio*, publicado hacia el año de 1900 por el eminente sociólogo Giovanni Bovio, transcribo el siguiente párrafo que tiene todo el valor de un vaticinio.

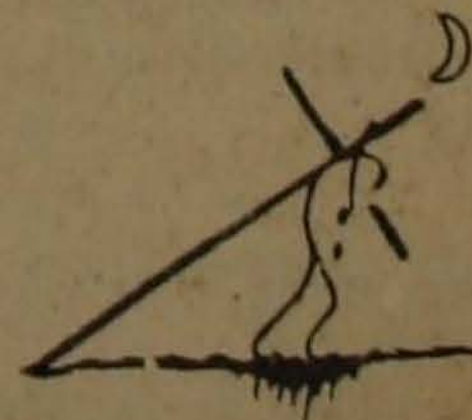
«Cuando el nuevo estado (Italia) tenía que construirse, apareció una multitud de políticos insignes, que desde Mazzini hasta Cavour en el campo de la acción, y desde Cattaneo hasta Ferrari en el campo de la investigación, abrió todos los caminos para lo que Gioberti había llamado *Renovación*. A aquellos hombres ha sucedido una generación que ostenta las señales del cansancio, inepta no sólo para resolver cualquier problema importante sino que ni siquiera es capaz de comprenderlo por intuición. Pero como estamos persuadidos de que nuestro tiempo es una época de extenuación y de cansancio, pero no de decadencia, tenemos razón de *prever y de aguardar al hombre de genio* que prestará nuevos bríos a la Nación italiana; bríos que repercutirán en la raza en beneficio de los pueblos latinos y de la civilización europea».

Permitidme, oh señores, que yo concluya exclamando:

¡AMEN!

ANTONIO ZANETTI

Cartago, Costa Rica.



NUESTRO TIEMPO

El espíritu americano



PODAVÍA dura el escozor producido —más en los escritores que en el público,— por la carta ya famosa del poeta argentino Leopoldo Lugones.

¿Qué ha dicho? Sintéticamente, que eso del hispanoamericanismo es un tema ya viejo que va perdiendo terreno en América. ¿Es cierto? Del lado de acá no podemos saberlo. Pero sí hemos podido advertir que no tiene una gran virtualidad, puesto que no ha logrado realizar una obra sólida, duradera y fecunda. Es tema más de disertación literaria que una realidad viva de esas que funden en un molde único las almas y, sobre todo, los intereses de pueblos espiritualmente afines. Hasta hoy esa aproximación para llegar a la convivencia no se ha logrado hacer efectiva, a pesar de las estrofas de los poetas y los discursos de tantos oradores. Posiblemente porque en la vida moderna de relación, los vínculos que los pueblos establecen entre sí no están tanto basados en la comunidad de antecedentes históricos ni en parentescos raciales como en la necesidad de mancomunar los elementos económicos respectivos para una común defensa o de las mutuas influencias dentro de una cultura superior que es necesario mantener o acrecentar.

Lo que Lugones proclama es el panamericanismo. Los americanos todos deben entenderse y compenetrarse para una acción conjunta y una vida colectiva de perfecta inteligencia. En resumidas cuentas, dejando a un lado el ropaje literario, la doctrina de Monroe y las teorías de Drago.

No debemos ser nosotros, los de aquende el mar, los que discutamos el tema, porque la pasión pudiera extraviar los juicios. El poeta argentino expone un ideal que como tal debe ser siempre respetado. Tiempos atrás expuso el suyo diametralmente contrario un escritor insigne, el uruguayo José Enrique Rodó, y, sin embargo, no fué tan entusiásticamente celebrado entonces como el de Lugones ha sido ahora tan ardorosamente combatido. *Ariel* no ha sido bastante leído ni su malogrado autor lo debidamente celebrado por los escritores españoles.

El contraste es enorme entre ambos escritores, pero inexplicable. Rodó fué un esteta, enamorado únicamente de la belleza; fué algo así como un superviviente de la época del Renacimiento. Lugones, por el contrario, es un poeta del día, enamorado de la vida tumultuosa y del adelanto prodigioso de la civilización contemporánea, que él pretende encarnada en el pueblo norteamericano. El uno era un contemplativo; el otro es un temperamento de acción. De ahí la pro-

funda diferencia entre esos dos espíritus, así como entre los contrapuestos ideales que representan.

¿Cuál de ambos interpreta mejor el pensamiento y el sentir de los pueblos americanos? Punto es este que nosotros, los españoles, ni podemos ni debemos intentar siquiera dilucidarlo.

Cierto, sin duda alguna, que Lugones, aunque se produce en habla castellana, no puede considerarse como poeta de cepa hispánica. Ni aun siquiera se le debe clasificar entre los cultivadores del criollismo americano, —en el fondo tan sugestivo,— que brota con savia poderosa, en los últimos años, en los países trasatlánticos. Lugones es un poeta que responde a influencias extranjeras que bien pudieran claramente determinarse si fuera ésta ocasión de hacer un estudio analítico y una crítica comparativa.

Pero Lugones no es una excepción en la lírica americana de nuestros días. Pasaron ya los tiempos en que los poetas, como Bello y luego Heredia el viejo, no sólo siguieron la tradición española, sino que enriquecieron, además, la lírica castellana. A esos y a otros poetas de la América latina se les tiene hoy en España en olor de clásicos.

Por lo pronto, ellos conservaron en toda su pureza el idioma, limpiándolo en sus versos de todos los modismos coloniales.

Los poetas de las nuevas generaciones americanas de origen hispánico, se han desviado ostensiblemente de las influencias españolas. Este hecho se ha producido tal vez por la decadencia en que ha caído la lírica española contemporánea. Mientras ésta contó algunos poetas de extraordinario relieve, tuvo repercusiones bien características en la lírica americana.

Después, a medida que la superioridad española desaparecía, el apartamiento espiritual se acentuaba allá. Es más, comenzó a producirse el fenómeno inverso. En los últimos veinte años son los poetas americanos los que ejercen una señalada influencia en la lírica española. Es bien fácil comprobarlo. La influencia francesa o italiana en nuestros poetas del día, no es directa, sino refleja. Se ejerce a través de los poetas ultramarinos.

Tarea cómoda sería demostrar la huella inmensa que han dejado en

nuestra lírica actual Rubén Darío, Amado Nervo, Icaza y muchos otros poetas americanos.

Y ninguno de esos poetas americanos ha seguido el espíritu y la forma de la tradición en la lírica castellana. ¿Cómo, entonces, si nuestros mismos poetas se apartan tan abiertamente de esa tradición, mostrarse, por nuestra parte, hartos severos con los poetas americanos que proclaman un ideal distinto del nuestro y practican una estética divorciada por entero de nuestro casticismo?

Lo he dicho en alguna ocasión y me permito repetirlo. Si los escritores españoles aspiran a la reconquista espiritual de América, es indispensable que antes se esfuercen por tener una superioridad intelectual, a base de cultura amplia y de originalidad en el pensamiento, que los ponga en condiciones de contrarrestar las poderosas influencias de otros países extraños que trabajan la espiritualidad de los pueblos americanos. Es el esfuerzo que se ha hecho en Francia, pongo por caso, para sobresalir y singularizarse, haciendo frente a esas corrientes invasoras de otras culturas, especialmente la alemana, que llegó a tener un gran predominio en la intelectualidad francesa.

Las quejas no sirven de nada, ya que el sentimentalismo a la hora presente poco influye en la vida de relación de los pueblos modernos, y el predominio es del más fuerte. No vale fantasear, porque nos salen al paso las realidades, y hoy es preciso el máximo esfuerzo de cada nación para triunfar y ejercer una hegemonía económica o meramente espiritual.

JOSÉ BETANCORT

(*La Vanguardia*,
Barcelona, 13-8-25.)

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

Revista de Oriente

Órgano de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre una "Encuesta"

EN las tres interrogaciones que plantea REPERTORIO AMERICANO, sobre autores y libros en América, digo:

A la primera: Porque no está organizado el negocio editorial entre nosotros.

Porque la venta del libro, en uno y otro caso, la del mejor y la del peor, dependen más de la propaganda editorial que del valor intrínseco de las obras.

Porque esa falta de organización, por ausencia de espíritu de empresa, encarece las ediciones de un modo sensible, en relación con el libro europeo.

Porque la característica de los más notables escritores hispanoamericanos, es la de mantener en constante ejercicio el predominio de una aristocracia mental que los aleja de la estimación y de la capacidad asimilativa de las multitudes. Esto obedece a que no están acostumbrados a producir literatura por oficio, sino por pasatiempo, o, cuando más, como para salvoconducto de ingreso en tal o cual habitáculo de la burocracia.

Porque esos escritores que, acomodándose con la plasticidad propia del talento al gusto del grueso público, harían obra perdurable, no quieren descender de su torre de marfil, al único precio de una posible fama popular y de una menos posible retribución económica, para aquellos que dieran los primeros pasos en este sentido. Es esta característica la que los distingue del escritor europeo, la que los europeos les echan en cara constantemente, con un poco de resquemor espiritual en el fondo, porque ellos también quisieran seguir estas inclinaciones, propias de los altos espíritus, pero absolutamente negativas para el sentido utilitario de la clase.

A la segunda: El público hispanoamericano, lee, pero no le interesan, o le interesan muy poco, sus escritores.

Los desdeña sin análisis, generalmente, o los desconoce en absoluto, mucho más desde que la prensa, la gran prensa, se ha mercantilizado hasta el punto en que el último de los folclóricos noticieros de una publicación diaria, se considera rival del primero de los escritores, antojándosele que su misión de chupatintas informativo, es de veras olímpica y maravillosa: la novena maravilla, por lo menos, de una literatura para bellacos.

Nuestra gran prensa, por lo común, calla por sistema, frente a todo esfuerzo vernáculo de cultura. Relega

CUESTIONARIO que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Argüedas:

1.^a—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.^a—¿No lee el público hispanoamericano, o no le interesan sus escritores?

3.^a—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

al último de los órdenes esta esencial cuestión, en materia de escritores nacionales, pero tiene buen cuidado de elevar al cubo la fama de cualquier extranjero que llega de paso a uno de nuestros países. Eso «viste bien» y da ocasión para lucir conocimientos literarios y camaradería profesional con los genios ultramarinos, ante los «indios con levita» de este continente.

Así se ha creado en el público lector de América, un falso concepto sobre el valor de sus escritores nativos. Los ignora o los desdeña, siguiendo la corriente de «buen tono», implantada por la costumbre, y esto es así hasta el punto en que un escritor, ignorado entre nosotros, halla lectores y compradores, tanto cuanto por acá es menos conocido, si tuvo la precaución de editar sus obras en Madrid, en París o en Leipzig.

A todo lo anterior, porque no sólo afecta a los autores hispanoamericanos, sino a los europeos que venden libros en nuestros mercados, es preciso añadir ahora el desdén que sienten los públicos de todas partes, por lo que podríamos llamar «cultura desinteresada», en cualquier aspecto que se ofrezca esa cultura. El hábito de crear bibliotecas particulares, se va perdiendo, tanto en América como en los demás países del globo. Leer ya no es pasatiempo común para la mayoría de los hombres, sino para el menor número, y entre éstos, la porción mayor tira a recrear su sensualismo genésico, en las obras del *Carretero audaz* o de Alvaro de Retana.

A la tercera: Nuestro público prefiere, fuera de las salacidades anotadas, la lectura densa, de trama, un poco anodina cuando sigue el cauce romántico de la novela europea. Ejemplo: Hugo Whats y su literatura de gineceo, pueril a veces. Este encuentra lectores a millares, a pesar de toda dificultad editorial.

Por consiguiente, yo creo que el mal no es sólo hispanoamericano, sino de todos los países. Las humanidades ya no gustan y de más en más se las relega al olvido, en el hogar y en la cátedra. El elemento humano que debe presidir en toda obra de arte, acusando la originalidad, la penetración, la personalidad y el poder constructivo de un autor, interesa cada vez menos. Para que un escritor sea leído, no debe parecerse a sí mismo en su obra, sino que debe ser idéntico al núcleo de lectores que busca, porque la crítica, la buena crítica, ya no impone valores, porque no puede ni quiere imponerlos. Yo estimo que ha desaparecido en ella, por completo, aquel género de intención que pretendía encauzar, consiguiéndolo con frecuencia, el gusto de las multitudes letradas.

Ahora es preciso adaptarse, o escribir «por andar alegre». Adaptarse en lo formal y en lo superficial de ese gusto de mayorías, pero no en el fondo, como en el caso de Anatole France—distancias a un lado, desde luego—, humanista y filósofo, que así supo deleitar a sabios profesores como a clérigos y porteras.

Porque, parecerá un absurdo, pero una de las mayores dificultades que encuentra el talento, es la de saber dirigirse y encaminar su aptitud hacia los fines individualmente útiles.

Por consiguiente, el porvenir práctico de la buena literatura en América, está en manos de sus propios cultivadores.

De ellos es la culpa, cuando no saben o no quieren hacer un buen uso de sus facultades.

FERNANDO LLES

Matanzas, Cuba, abril 2 de 1926.

ESTUDIANTINA

Letras, Crítica y Arte

Director: JUAN MANUEL VILLAREAL

1 Esq. 49.—La Plata (R. A.)

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Crítica literaria

Para REPERTORIO AMERICANO

LA lectura del último libro de Julio Casares, me ha incitado a fijar en el papel una multitud de ideas que sobre el tan conocido tema de la crítica literaria yacían dispersas en mi cerebro.

No quiero aventurarme en el análisis detallado de la obra en cuestión, sólo diré con pesar, que ella como las otras del mismo autor, que la han precedido, adolece de los mismos defectos: es demasiado dogmática, demasiado detallista y asaz incomprendible. Este libro, me confirma en una antigua creencia: la de que existe cierta incapacidad mental en el español para las labores críticas. El español, particularmente el castellano, posee un espíritu hermético a toda influencia extraña que le incapacita para ser buen psicólogo; es esencialmente antiobjetivista, para usar la expresión de Ortega Gasset. En España, la crítica no es ni ha sido nunca una modalidad artística, una creación estética; o se ha hecho en guasa, caricaturescamente, a la manera de Pérez Zúñiga y de Melitón González, o pontificalmente, férula en mano, ahuecando mucho la voz y profundizando poco el concepto, como la practica el Padre Cejador y Frauca.

Menéndez y Pelayo y José Ortega Gasset, son dos cumbres excelsas, que se alzan, sin gradación, en medio de la *platitude* de la estepa castellana.

¡No! Criticar no es deformar ni pronunciar rasgos para destruir la armonía del conjunto; como tampoco es analizar histológicamente las formas hasta diluirlas, haciendo intangibles las ideas que ellas entrañan. En la crítica, como en toda otra especulación trascendental, debe de procederse analítico-sintéticamente.

Criticar es comprender, criticar es asimilar, criticar es vibrar al unísono, criticar es crear.

La manía purista conduce a la mayor parte de los críticos literarios, chapados a la antigua, a lastimosas extravagancias; quieren legislar como si el idioma fuera un conglomerado ajeno a la vitalidad. No, señores míos, toda lengua es un organismo y toda organización es un corolario de fenómenos biológicos. ¿A qué imponerle, pues, a un ser en incesante evolución, trabas que impidan su desarrollo, anquilosen sus miembros o le pongan en inferioridad para luchar en su medio ambiente?

Bueno es que subsistan cánones fundamentales; pero que no sean las gramáticas, códigos que quieran abarcar todos los «casos» posibles. La

gramática tiene que ser una filosofía del lenguaje y, por consiguiente, no debe carecer de lógica.

¿Por qué tanta intransigencia? La lengua no os pertenece—oh académicos de pecheras almidonadas!—Vosotros no la habéis fabricado; ella nos viene de ese gran creador: el pueblo. Vuestro celo es, por lo mismo, ridículo; tratáis de fijar, pulir y dar esplendor a una cosa que no es vuestra, que ningún plebiscito ha confiado a vuestra custodia!

Sintetizando las ideas expuestas, diré algo que tiene para mí la fuerza de un axioma: se puede ser gran escritor sin ser un gramático perfecto; la mayoría de los gramáticos cuando se arman escritores, resultan sosos, desgarrados, monótonos y soporíferos. La literatura es una metagramática, que está fuera del alcance de los simples gramáticos; a estos les sucede lo que a los químicos con los huevos de gallina: saben descomponerlos, recomponerlos, pero nadie ignora que los huevos sintéticos no empollan.

MARIO SANTA CRUZ

México, D. F., 10 febrero, 1926.

Mi nueva dirección es:
Eliseo 16. México, D. F.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,
Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

El comandante Franco y el destino del avión

En el momento de embarcarse en el crucero *Buenos Aires* de regreso a su patria, el comandante Franco, después de mirar larga y silenciosamente al *Plus Ultra*, amarrado allí cerca como una masa inerte, después de haber cruzado el mar Atlántico bajo su mano poderosa, nos dijo con un cierto dejo de melancolía:

«Aquí queda mi máquina maravillosa. No sé, o mejor dicho, no quiero saber lo que el gobierno argentino hará con ella; pero creo que debiera seguir volando. Tiene todavía como cien horas de vuelo efectivo y los pilotos argentinos, diestros y audaces, saben como hacerla volar y darle nueva vida. Si se le considera como una reliquia de museo, no cumplirá la misión para la cual fuera construida. Sería un crimen dejar que se desgasten sus motores poderosos en la inacción y si se destruyera en un vuelo, sería ello más grato para nuestros corazones de soldados y pilotos, que el verla inerte y decadente, destruyéndose poco a poco en un fondeadero de aguas mansas o en los galpones de un museo».

(La Prensa, Buenos Aires)

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

LISTA DE LIBROS

de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Almafuerte: El Misionero.....	¢ 0.50
Argüello, Santiago: El alma dolorida de la Patria.....	3.00
Bernal, Emilia: Como los pájaros.....	1.50
Arturo, Borja: La flauta de ónix.....	2.00
Brenes Mesén, Roberto: Pastorales y Jacintos	0.50
Luis, Cané: Mal estudiante.....	4.00
Cardoza y Aragón, L.: Luna-Park.....	2.00
Gamboa, Isaías: Flores de Otoño.....	2.25
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa).....	1.50
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas.....	1.50
Hernández, José: Martín Fierro.....	1.25
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas	1.25
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa)	1.25
Lugones, Leopoldo: Los Crepúsculos de los Jardines.....	4.00
Magallanes Moure, Ml: Florilegio.....	2.00
Martí, José: Versos.....	1.00
Méndez Calzada, Enrique: Nuevas devociones Liricas.....	4.00
Morales, Ernesto: Antología Argentina. Poesías Modernas.....	3.00
Olivares, José: Poesías.....	1.00
Torres Bodet, Jaime: Biombo.....	3.00
Torres Riosco, Arturo: En el encantamiento	1.25
Ureta, Alberto: Florilegio.....	0.75
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa).....	0.75
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta.....	3.00

Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfín de Corubici.....	2.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor.....	1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura.....	1.25
Icaza, Xavier: Gente mexicana.....	3.00
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal.....	0.50
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses).....	2.50
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine.....	1.50
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas).....	1.50
Tovar, Rómulo: De variado sentir.....	0.50
En el taller del platero.....	0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa.....	1.25
Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño.....	0.75
Velazquez, Samuel: Madre.....	1.25

Artículos y ensayos

Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad.....	0.50
Las categorías literarias.....	1.00
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica.....	3.00
Chacón y Calvo, J. M.: Ensayos sentimentales.....	1.50
Darío, Rubén: Rubén Darío en Costa Rica. (Segunda serie).....	1.25
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos.....	1.00
Donoso, Armando: La otra América.....	3.00
Escobar, José Ignacio: Escritos.....	0.50
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático.....	0.75
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago.....	0.50
Lugones, Leopoldo: La organización de la paz.....	2.00
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica	0.50
Mariátegui, José Carlos: La Escena Contemporánea.....	3.00
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas	1.50
Ensayos sobre el Destino.....	1.50
Nin Frias, A.: Páginas Escogidas.....	2.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón.....	0.75
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos.....	0.50
Torres Riosco, A.: Walt Whitmann.....	1.50
Torri, Julio: Ensayos y Fantasías.....	0.50
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía.....	0.50
Varona, E. J.: Lecturas.....	0.50
Con el eslabón (2 cuadernos).....	1.00
Vasconcelos, José: Artículos.....	0.50
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones.....	0.50

Solicitudes que no vengán acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas: Equivalencia: ¢ 4.00 igual a \$ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

EN EL HOGAR

Una UNDERWOOD PORTATIL



FUERTE, LIVIANA Y BIEN PRESENTADA

- es leal compañera del *Jefe de familia*
- facilita el trabajo del *estudiante*
- ayuda eficazmente a la *señora de la casa*
- hace correspondencia distinguida y clara
- y puede dejar copias con papel carbón.

Pesa, con su estuche, 4 kilos

Pida informes sobre las "SERIES UNDERWOOD"

Le conviene!

Le interesa!

J. P. ARANGO & Co., Agentes

Con la Crema Dental Waite's Anti-py-o

se curará usted la PIORREA ALVEOLAR, se le purificará el aliento y conservará su dentadura blanca. De venta en todas las BOTICAS y DROGUERIAS.

DR. M. FISCHER
DENTIST
Apt. 434 - Tel. 683

Waite's ANTI-PY-O DENTAL CREAM

Ojo! por cada seis cajetillas de cartón se regalará un buen cepillo de dientes en la oficina del Dr. Fischer